

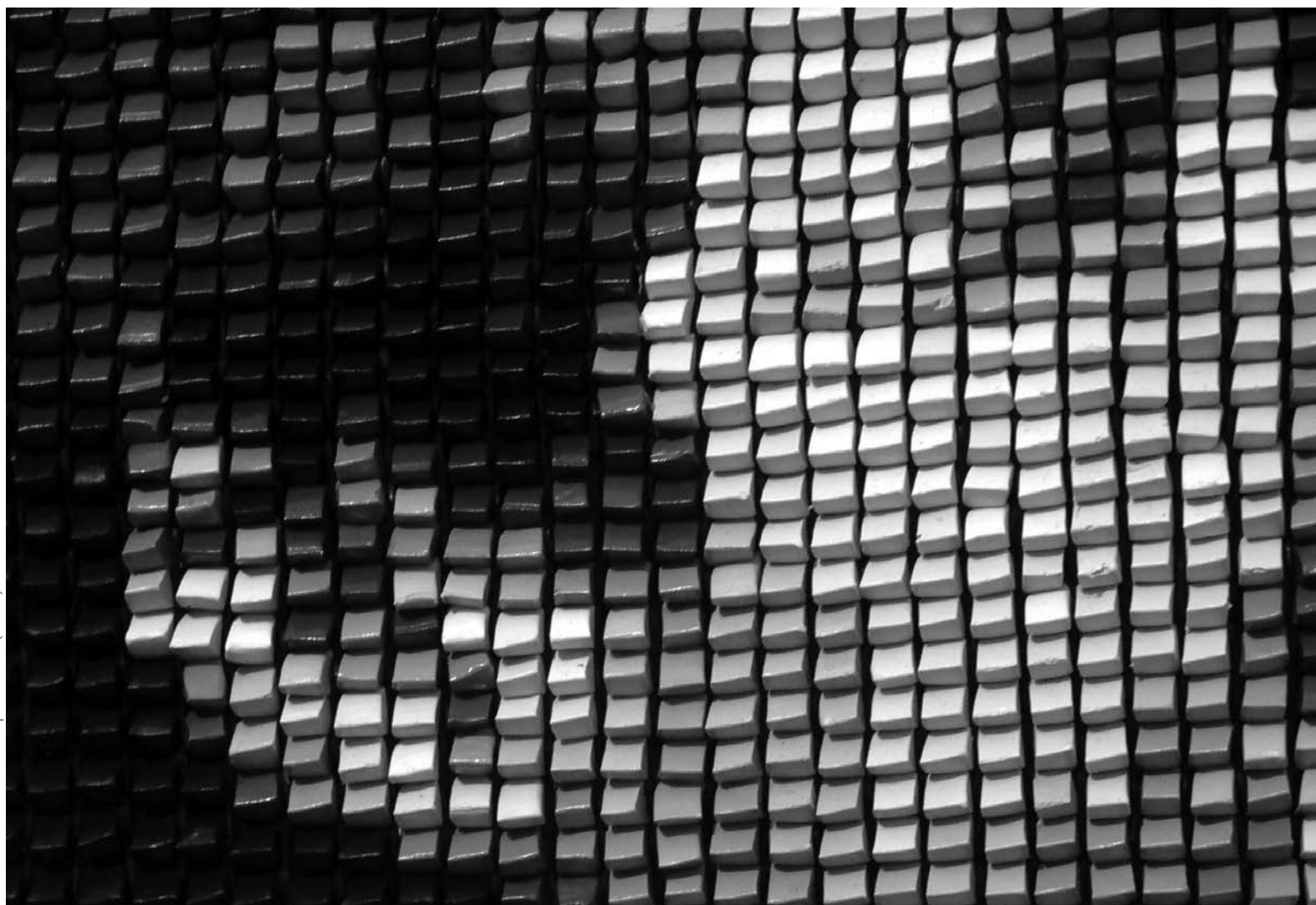
Una publicación de editorial y distribuidora  
Hueders | Prohibida su venta | EJEMPLAR GRATUITO  
Año 1 - Número 4 | Mayo de 2009

{ ADELANTOS DE LIBROS + RESEÑAS, ENTREVISTAS, ETC. }

Daniel Alarcón  
**Isaiah Berlin**  
ANTONIO GRAMSCI  
*Heinrich von Kleist*  
Claudio Magris

*Justo Pastor Mellado*  
ROBERT LOUIS STEVENSON  
Lionel Tran  
**Armando Uribe**  
Cecilia Vicuña

## Libros y lecturas



Paula Dittborn | Sin título iv (detalle)

### Literatura ante la ley

Claudio Magris

EL ITALIANO CLAUDIO MAGRIS (TRIESTE, 1939) ES AUTOR DE NOVELAS Y ENSAYOS QUE DIFUMINAN ESOS GÉNEROS LITERARIOS, ADEMÁS DE EXPERTO EN LETRAS GERMANAS, TRADUCTOR Y PROFESOR. SUS NOVELAS SON *El danubio*, *Otro mar*, *Microcosmos*; ENSAYOS *El anillo de clarisse*, *Utopía y desencanto*. PRESENTAMOS EL COMIENZO DE SU ÚLTIMO LIBRO, ORIGINALMENTE UNA CONFERENCIA PARA LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID, QUE ILUMINA CON ERUDICIÓN Y FINEZA LAS SUPUESTAMENTE SEPARADAS FORMAS DE HACER LA LITERATURA Y LAS LEYES.

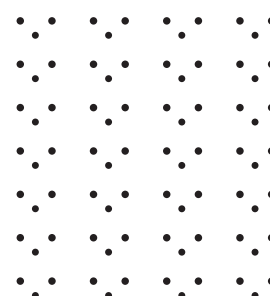
“Allá se lo haya cada uno con su pecado –exclama don Quijote al ver la fila de galeotes encadenados–; y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres”. Bajo los más diversos cielos y en las épocas más heterogéneas, la literatura parece invadida por una negación del derecho y de la ley, que ella rechaza, confundiendo e identificando –de ordinario– los dos términos y las complejas realidades que ellos contienen. Novalis, el romántico alemán que se pro-

pone poetizar, es decir, redimir poéticamente al Todo, escribe en uno de sus fragmentos: “Yo soy un hombre totalmente ilegal; no poseo el sentido ni la necesidad del derecho”.

Una antología de afirmaciones similares sería demasiado extensa. Esta postura de la poesía –entendida en el sentido más amplio de creación artística de todo género–, en lo que respecta al derecho, no se reduce a una revuelta de la fantasía, libre y anárquica, contra

# #4

Mayo 2009



## Secciones

### ENTREVISTA

Juan Villoro

### POESÍA

Anónimo anglosajón

### AUTOR DESTACADO

Lionel Tran

### RESEÑAS

Guadalupe Nettel sobre  
Georges Perec

Andrea Kottow sobre  
Lionel Tran

Felipe Cussen sobre  
Juan Eduardo Cirlot

### LOS DIEZ LIBROS

Alvaro Enrigue

### ILUSTRADO

Nicolái Gógol

\* \* \* \* \*

## H | HUEDERS

{ Libros y lecturas }

### EDITORIA

Marcela Fuentealba

### CONSEJO EDITORIAL

Rafael López  
Dorotea López  
Emiliano Monge  
Eduardo Rabasa

### ARTE Y DISEÑO

Inés Picchetti

### VENTAS

Ximena Ormazábal

H | HUEDERS es una publicación  
bimestral editada en conjunto con  
SP Revista de Libros,  
Editorial Sexto Piso, México.

Rosal 349 depto. B, Santiago, Chile.  
hueders@gmail.com  
hueders.wordpress.com

Impreso en Gráfica Andes.

Ninguna parte de esta publicación  
puede ser reproducida o transmitida,  
mediante cualquier sistema,  
sin la autorización expresa de Hueders.

Agradecemos a  
María Teresa Diez, Diego Moreno,  
Enrique Redel, Guillermo Weschler.

las reglas y la lógica de los códigos. Todo artista, digno de llevar este nombre, siempre ha sabido que no existe regla más férrea que la que rige en la creación artística, que –incluso, y acaso sobre todo, cuando canta pasiones salvajes y rebeldes– le impone sus inexorables leyes a su propio artífice, acaso muy a su pesar. Lo que muy personalmente siente en su corazón el señor Proust, puede ser, a veces, sin que él lo sepa –y con su aflicción–, inaceptable para el narrador de la *Recherche*, que lo excluye. En este sentido, toda obra de arte es íntimamente afín a una ley precisa, cuyos artículos y codicilos no admiten la inferencia del caldo del corazón.

Bajo dicho aspecto, se perfila, si acaso, una afinidad entre literatura y derecho, gracias a la analogía entre

*qui adest*”, es el hombre que está frente a ti, la irreductible unicidad de cada individuo en concreto.

Un síntoma de este trance es la habitual confusión que existe entre *ius* y *lex*, derecho y ley, *right* y *law*, evidenciada por Hobbes: “Dichos términos deberían verse por separado, porque el derecho consiste en la libertad de obrar, o de no obrar: allí donde la ley determina y obliga a una cosa en particular, de tal suerte que ley y derecho difieren tanto en obligación como en libertad”. “Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley”, dice San Pablo en un pasaje de la *Epístola a los gálatas* que, ciertamente, seduce más a los literatos que la categoría del contrato –la más ávida, la define Maitland–, cara a los jurisconsultos.

LA LITERATURA REVELA SU PROFUNDA Y CONTRADICTORIA ESENCIA MORAL: ENEMIGA DE LA LEY ABSTRACTA Y DESCARNADA, ELLA ES UNA ENCARNACIÓN DE LA LEY. LOS FUNDADORES DE RELIGIONES Y CREADORES DE ÉTICA NECESITAN DE LA LITERATURA; NARRAN PARÁBOLAS, EN LAS QUE UNA ABSTRACTA VERDAD MORAL, QUE DE OTRA MANERA MORIRÍA INMEDIATAMENTE DE INEDIA, DEVIENE VIDA CONCRETA, ÉPICA NARRACIÓN DE LA VIDA.

derecho y lenguaje, muchas veces subrayada al igual que la existente entre jurisprudencia y gramática. Será el positivismo jurídico, sobre todo, el que pondrá el acento en el carácter lógico del derecho, que casi tiende a resolverse en su coherencia gramatical y sintáctica, en la funcionalidad de las reglas formuladas para la aplicación y el uso de ciertos símbolos o signos con los cuales se calificarán determinadas situaciones y acciones. En 1907, Benedetto Croce señalaba, en un ensayo sobre la filosofía del derecho, la semejanza existente entre el trabajo del gramático y el del jurista.

Pero acaso existe una analogía todavía más profunda. Así como “las gramáticas y los diccionarios, la fonética y la morfología no forman un lenguaje –escribe Alessandro Passerin d’Entreves–, asimismo la jurisprudencia es incapaz de expresar la palabra final en torno al derecho”. La creación poética utiliza la *langue*, pero para infringirla, para transgredir sus reglas y convenciones, intentando atrapar esa irreplicable esencia –de la vida, de la individualidad, de la muerte, del sentimiento, del Todo– que siempre queda “más allá del lenguaje”, tal y como fulgura en el Virgilio moribundo de la novela de Broch. *Lingua mortal non dice quel ch’io sentia nel seno* (Lengua mortal no dice lo que mi alma sentía), escribe Leopardi. Y así, la ley –cada una de las leyes en particular y todas en su conjunto, rigidamente protocolizado y, al mismo tiempo, transitorio y perecedero– no logra atrapar la verdad en sí misma, es incapaz de responder la vieja pregunta de Alcibíades: “Dime, Pericles, ¿me podrías explicar qué es la ley?”. La interrogante “*quid ius?*, ¿qué es el derecho?”, decía Kant, le provoca al jurista el mismo trance que experimenta el filósofo cuando se le interroga “¿qué es la verdad?”. Por otra parte el derecho, en su exigencia de crear normas generales y válidas para todos, y por lo tanto, en su necesidad de abstracción, no puede contentarse con ésa que, según el anagrama formulado –se cuenta– por Carlos II de Inglaterra en vísperas de su ejecución, sería la auténtica, es más, la única respuesta posible a la pregunta de Pilatos a Jesús (*quid est veritas?*, ¿qué es la verdad?), es decir, “*est vir*

La reflexión jurídica se enreda en la maraña entre el derecho correcto (*richtiges Recht*) y el derecho éticamente justo (*gerechtes Recht*); entre lo que pertenece al derecho en cuanto *iussum*, ordenado por una voluntad soberana, y lo que le pertenece en cuanto *iustum*, en cuanto justicia universalmente válida. Existe una dramática peripecia novelesca inmanente en la aventura jurídica, que se asemeja en algunos aspectos a la odisea de la novela moderna teorizada por Hegel y más adelante por Lukács. Luego del fin del *epos*, en el cual el sentido de la vida estaba presente en la realidad, la novela se ve obligada a ir a la búsqueda de este sentido perdido, sin encontrarlo. La suya, escribe Hegel, es una odisea de la desilusión. De tal suerte que, la odisea jurídica –por lo menos en algunas de sus direcciones– persigue en la selva de las leyes a la inasible esencia del derecho, que debería dotarlas de unidad, buscando en vano la cuadratura del círculo, conciliar una esencia moral inmanente en el derecho –afirmada, sobre todo, por el iusnaturalismo– y esa distinción y separación entre derecho y moral, entre obligación de ley y obligación de conciencia, que es la garantía fundamental de la libertad y el presupuesto de una sociedad civil, que ha sido afirmada por el pensamiento moderno, desde Thomasius hasta los otros y más grandes juristas y filósofos del derecho. En su ensayo *La edad de la descodificación* (1986), Natalino Irti encontró una profunda analogía entre el eclipse de una razón central y de un fundamento, que caracteriza a la más grande e innovadora literatura contemporánea –la Acción Paralela de Robert Musil, la realidad “sostenida en el aire” porque no está sostenida sobre nada– y el eclipse del código unitario, casi disuelto en la fecunda selva de las leyes y normas específicas.

La aversión de la poesía, que indistintamente se dirige ora a la ley ora al derecho, tiene otra razón profunda. La ley instauro su imperio y revela su necesidad allí donde existe o es posible un conflicto; el reino del derecho es la realidad de los conflictos y de la necesidad de mediarlos. Las relaciones puramente humanas



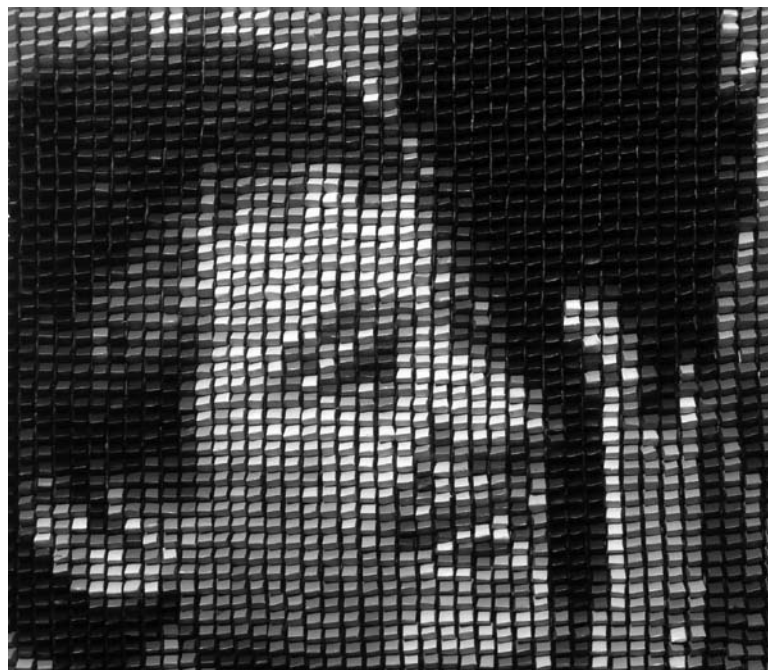
no necesitan del derecho, lo ignoran; la amistad, el amor, la contemplación del cielo estrellado no requieren de códigos, jueces, abogados o prisiones. Las relaciones familiares o sencillamente humanas, escribía Arturo Carlo Jemolo, son una isla que “el mar del derecho solamente puede lamer”. Pero ese mar –con sus códigos, jueces, abogados y prisiones–, de improvisto, deviene necesario cuando el amor o la amistad se transmutan en atropello y violencia, cuando alguien le impide con la fuerza a otro la posibilidad de poder contemplar el cielo estrellado.

Por lo tanto, el derecho parece ligado a la barbarie del conflicto: tan necesario como lo podría ser una amputación en una enfermedad o una defensa armada ante un ataque armado. En la poesía –incluso la más sofisticada y transgresiva– casi siempre habita, evidente o escondido, el sueño –nostalgia por el pasado o profecía proyectada hacia el futuro– de la edad de oro, de la inocencia de toda pulsión, del lobo y del cordero que abrevan amistosamente en la misma fuente. Esta redención poética de toda pulsión, que Novalis y acaso también Rimbaud consideraban posible, tiñe de su color de flor azul incluso ciertos movimientos revolucionarios tendientes a crear política y existencialmente al hombre nuevo; durante la Comuna de París, los comuneros les disparaban a los relojes para simbolizar el fin del tiempo histórico y jurídico de la injusticia y el porvenir de un tiempo nuevo, mesiánico. La revolución como orgasmo, predicada en el 68, es la enésima repetición de este sueño por abolir la ley, ligada a la existencia de relaciones de violencia. “El dominio del derecho –dice otro fragmento de Novalis, angélico precursor de las asambleas pulsionales– cesará junto con la barbarie”.

## II

El rechazo a la ley acerca la poesía a la fe. Nadie ha imputado tanto a la ley como San Pablo y la teología, especialmente al protestante, que deriva de él. “La ley provoca la cólera de Dios”, está escrito en la *Epístola a los romanos*; ella es la que le da vida al pecado y la que lo multiplica, se continúa diciendo, y Lutero refuerza: “Primero era libre y caminaba en la noche sin linterna; ahora, después de la ley, tengo una conciencia y tomo una linterna en la noche. Por lo tanto la ley de Dios no es nada, sino el comienzo de la mala conciencia”. La respuesta del hombre religioso al horror de la ley es el salto en la gracia, el abandono en la fe, que salva más allá del juicio porque no se basa en el examen de las acciones, meritorias o delictivas, sino en la unión total en dios, independientemente de cualquier valoración moral: “Abraham se salva”, escribe Karl Barth, no por lo que hace sino porque “cree en aquel que declara justo al impío”. En el polo opuesto, Grocio, el fundador de la teoría moderna del derecho natural, afirma –en el *De Iure Belli ac Pacis* (1625)– que “ni siquiera Dios puede decir que no sea un mal lo que intrínsecamente es un mal”; incluso Santo Tomás, con su “luz de la razón natural”, que reside en la base de su idea del derecho natural, sigue esta línea. Como lo enseñan Dostoievski o Singer, existe un nexo muy estrecho entre mística y trasgresión; en Kierkegaard, el momento religioso (la obediencia de Abraham a la orden de asesinar a Isaac) se contraponen al momento ético, que impone contraponerse a esa orden.

En la literatura, dicha violencia religiosa deviene laica, conservando, sin embargo, su radicalidad. El abandono en Dios se substituye, con frecuencia, con el abandono en la totalidad de la vida, la armonía con su fluir más allá del bien y el mal. El “derecho ideal eterno” –para usar la definición de Vico– se revela y se encarna no en apartados e incisos, sino en la historia misma de la humanidad, sufrida y dolorosa pero también épica y penetrada de sentido; en su formación, que también es progresivo reconocimiento. Para Kafka, la ley (recalcada en el puntilloso formalismo judío, pero no solamente en él) sitúa al individuo fuera de la vida, fuera del territorio del amor, le escribe a



Paula Dittborn | Sin título IV (detalle)

ARTISTA INVITADA

**Paula Dittborn**

Nació en Buenos Aires en 1978 y vive en Santiago de Chile desde 1994. Estudió Letras y Arte en la Universidad Católica. Su trabajo artístico consiste en la reproducción de imágenes tomadas de la televisión o de fotografías, mediante la adhesión de fragmentos de plástica de diferentes colores a un soporte bidimensional. Ha expuesto sus obras en la galería h-10 y Sala de Arte Gremio, en Valparaíso; en Belleza y Felicidad de Buenos Aires (2004); en muestras colectivas en el Centro de Extensión de la Universidad Católica y Matucana 100 (2005), en el centro Cultural Palacio de la Moneda y en *Acts of translations*, en Nueva York (2006), y en la muestra *No dumping* en Viena (2007). Su próxima exposición individual será en agosto del 2009, en la Galería Animal.

Agradecemos la gentileza de la artista.

Más información en [www.pauladittborn.cl](http://www.pauladittborn.cl)

NATALINO IRTI ENCONTRÓ UNA PROFUNDA ANALOGÍA ENTRE EL ECLIPSE DE UNA RAZÓN CENTRAL Y DE UN FUNDAMENTO, QUE CARACTERIZA A LA MÁS GRANDE E INNOVADORA LITERATURA CONTEMPORÁNEA –LA ACCIÓN PARALELA DE ROBERT MUSIL, LA REALIDAD “SOSTENIDA EN EL AIRE” PORQUE NO ESTÁ SOSTENIDA SOBRE NADA– Y EL ECLIPSE DEL CÓDIGO UNITARIO, CASI DISUELTO EN LA FECUNDA SELVA DE LAS LEYES Y NORMAS ESPECÍFICAS.



*Literatura y derecho. Ante la ley. Claudio Magris.*

Prólogo de Fernando Savater, traducción de María Teresa Meneses.

Gentileza de editorial Sexto Piso.

su amiga Milena. En virtud de la ley, “las tinieblas en las que nos encontramos –por seguir citando a Barth– se transforman en tormento porque allí hay ojos capaces de ver”; o bien, el hombre asume conciencia de la oscuridad y del mal. Pero, según Kafka, esta certidumbre lo induce a un pecado todavía más grave, es decir, pretender no entremezclarse con la oscuridad y con lo impuro de la vida, pretender ser puro, orgullosamente libre de toda culpa y de la propia culpa de vivir. Esta insolente pretensión de no querer terminar enlodado por el fango de la vida es su propia culpa, que lo aleja de los hombres y lo condena a quedarse siempre ante las puertas de la ley, como en la famosa parábola, a no poder entrar en la vida, a “defenderse hasta el final”, como dice en *El proceso* Josef K., culpable de dicha obsesión de defensa legal.

Con esta avidez por alcanzar la perfecta inocencia y pureza, resulta imposible no violar ningún codicilo: “Siempre se infringe la ley”, dice Fischerle en *Auto de fe* de Canetti. Creo que un eco de esta paradójica y autodestructiva angustia resuena incluso en mi obra de teatro *La exposición*, cuando Timmel, el protagonista, dice en su delirio: “la culpa estaba allí, la culpa está en el comienzo, antes de todo..., hacer es inocente, ser es culpa (...) el abismo de la ley..., caí dentro, sigo cayendo, caída sin fin y sin fondo, la vida es ley, es una desgracia que no naciera muerto”. En *Michael Kohlhaas* –el mejor cuento que jamás se haya escrito sobre la letra y el espíritu de la ley, su violación y la sed de justicia–, Kleist muestra la trágica violencia inmanente en la sacrosanta exigencia de obtener y hacerse justicia. En el siglo XX, con *La cuestión del sargento Grischa* (1927), será Arnold Zweig quien retome esta temática fuertemente prusiana.

✱

## Michael Kohlhaas

Heinrich von Kleist

MAGRIS SEÑALA QUE ESTA NOVELA BREVE DEL MÁS SINGULAR ROMÁNTICO ALEMÁN ES LA MEJOR QUE SE HA ESCRITO SOBRE EL ESPÍRITU DE LA LEY Y LA SED DE JUSTICIA. BASADA EN UNA HISTORIA VERÍDICA DEL SIGLO XVI Y APARECIDA EN 1811, KAFKA DIJO QUE NO PODÍA RECORDARLA SIN QUE LE SALTARAN LAS LÁGRIMAS. SUS PÁGINAS INICIALES SE CONSIDERAN INAUGURALES DEL EXPRESIONISMO Y LA MODERNIDAD; DOSCIENTOS AÑOS DESPUÉS DE ESCRITAS MANTIENEN SU ACTUALIDAD Y URGENCIA.

A mediados del siglo XVI vivió en la ribera del Havel un tratante en caballerías llamado Michael Kohlhaas, hijo de maestro de escuela y uno de los hombres más rectos y a la vez más temibles de su tiempo. Hasta los treinta años hubiera podido este singular personaje dar el modelo de buen vecino. Poseía una granja en un lugar que aún lleva su nombre, en donde vivía plácidamente de su trabajo, educando los hijos que su esposa le había dado en el temor de Dios y en el sentido del trabajo y la lealtad; no había entre sus vecinos quien no se hubiera complacido en su bondad o en su rectitud; el mundo habría tenido, en suma, que celebrar su memoria, si no se hubiera él extraviado en el cultivo de una virtud. Mas el sentido de la justicia lo convirtió en bandido y asesino.

En cierta ocasión, salía de su tierra brandenburguesa, con una rehua de caballos relucientes y bien alimentados. Iba cavilando en qué aplicaría la ganancia que confiaba sacarles en los mercados adonde se dirigía: una parte, a guisa de buen amo, en procurar nuevas ganancias, pero otra también en gozar el presente. En esto llegó al Elba y junto a una majestuosa fortaleza, ya en territorio sajón, halló tendida en el camino una barrera con la que nunca había tropezado en aquella ruta. Se detuvo con los caballos en un instante que la lluvia comenzaba a arreciar, y llamó al guardián, quien a poco asomó por

La poesía –como la vida, como el amor– quisiera la gracia, no la ley; ella narra la existencia en lugar de juzgarla, como en la sentencia evangélica. *Nolite judicare* (Es reproable juzgar con precipitación). En realidad, el arte juzga, pero reduce el juicio en la narración, sin condenar ni emitir veredictos, sino mostrando concretamente lo que significan, abatidos y fusionados en lo vivido, el bien y el mal. Joseph Conrad no predica, pero en *Lord Jim* logra que podamos tocar con la mano lo que quiere decir, no en la abstracta moralidad sino en la concreción carnal de la vida, obedecer a una moral o violarla, ser leales o traidores, permanecer en su lugar o desertar abandonando a los demás a un trágico e injusto destino.

La literatura –que debe obedecer a su naturaleza irresponsable y exenta de deberes morales y obediencia a códigos– revela así su profunda y contradictoria esencia moral: enemiga de la ley abstracta y descarnada, ella es una encarnación de la ley. Los fundadores de religiones y creadores de ética necesitan de la literatura; narran parábolas, en las que una abstracta verdad moral, que de otra manera moriría inmediatamente de inedia, deviene vida concreta, épica narración de la vida. El comentario a la ley por excelencia, la Torá, deviene la gran narración talmúdica. Esta epicidad, que inicialmente es aceptación de la existencia entera más allá del bien y del mal, contiene el juicio, incluso el castigo que debe inferirse del delito; Raskolnikov acepta íntimamente –aunque justamente convencido de la irreplicable diversidad de su corazón, incapaz de terminar reducido en un artículo jurídico cualquiera– la pena y su expiación en Siberia. 🐼

Traducción de Javier Orduña.  
Gentileza de Nórdica Libros.



la ventana con cara de pocos amigos. El tratante le pidió que abriera. “¿Qué novedades son estas?” le preguntó, cuando al cabo de un buen rato salió aquél de la casa. “Privilegio de peaje –le contestó el aduanero mientras operaba en el cerrojo–, concedido al Junker Wenzel von Tronka”. “Vaya –dijo Kohlhaas–, ¿Wenzel se llama Junker?, y contempló el castillo, que dominaba el territorio con sus brillantes almenas. “¿Ha muerto el amo?”. “Una apoplejía acabó con él”, respondió el aduanero al alzar la barrera. “¡Pues lo lamento! –replicó Kohlhaas–. Un anciano digno, que disfrutaba con el trajín y trasiego de las gentes, y ayudó cuanto pudo al comercio. En cierta ocasión que, camino ya del pueblo, se le partiera una pata a una de mis yeguas, llegó a construir él una calzada. ¡Bueno! ¿Cuánto os debo?”, preguntó, y penosamente extrajo de la capa que el viento azotaba la cantidad que le pidió el aduanero. “Que sí, buen hombre –le comentó aún, cuando el otro comenzó a rezongarle que se aligerara y a maldecir del tiempo–: tanto mejor hubiera sido para mí y para vos que ese tronco no se hubiera movido en el bosque donde estaba”; con lo que le dio el dinero y se dispuso a seguir camino. Pero, apenas había alcanzado la barrera, se oyó el vozarrón de otro hombre –“¡deténgase el chalán!”– desde la torre que quedaba detrás, y vio cómo el alcaide cerraba de golpe una ventana y venía corriendo hacia él.

“¿Qué ocurrirá ahora?”, se preguntó Kohlhaas mientras detenía los caballos. Llegó el alcaide abrochándose un chaleco que le cubría un opulento cuerpo y le preguntó, ladeado para resguardarse del aguacero, si llevaba consigo las credenciales. “¿Credenciales?”, preguntó Kohlhaas. Algo perplejo le expresó que, por lo que sabía, no le constaba que llevara tal cosa; pero que, si le describían qué menester del amo era aquello, podía darse que casualmente fuera provisto de ellas. Mirándolo de través, le espetó el alcaide que sin permiso del Príncipe y sin las correspondientes credenciales no podían pasarse caballerías por la frontera. El tratante le aseguró que había atravesado hasta diecisiete veces la frontera sin aquellos papeles; que conocía muy bien todas las disposiciones del Príncipe tocantes a su negocio; que por fuerza había de tratarse de un error de los que hay que parar cuenta, y que tuviera la gentileza de dejar de entretenerlo con futilidades, que le quedaba aún una larga jornada por delante. Pero el alcaide le replicó que a la deciochena no se les volvería a escurrir, que con ese objeto acababa de dictarse la orden, y que o se le extendían en el acto las credenciales o tenía que volverse por donde había venido. El tratante, a quien ya le estaba empezando a enojar aquella extorsión, descendió, tras pararse a pensárselo, del caballo, se lo dio a un criado, y dijo que trataría del asunto con el mismo Junker de Tronka. Se dirigió al castillo; el alcaide lo siguió, rezongando todo el tiempo de los codiciosos tacaños y de lo útil que fuera sangrarlos, y, midiéndose mutuamente con la mirada, entraron ambos en la sala. Se dio el caso de que el Junker se encontraba con unos amigos en animada libación, y que un chascarrillo había hecho estallar una interminable risotada, cuando Kohlhaas se le acercó para presentarle su protesta. El Junker le preguntó qué quería; los caballeros callaron cuando advirtieron la presencia del desconocido; pero apenas hubo comenzado éste a exponer lo que sucedía con los caballos, el séquito exclamó: «¿Caballos?, ¿dónde?», y se abalanzó a la ventana para verlos. No bien hubieron avistado la reluciente reata, se apresuraron todos, siguiendo la invitación del Junker, a bajar al patio. La lluvia había cesado. El alcaide, el mayordomo y los criados se unieron a ellos, y todos examinaron a los animales. El uno no dejaba de celebrar el alazán del lucero, el otro se deleitaba con el potro castaño, el tercero acariciaba al pío de las manchas azafranadas; todos coincidieron en que más parecían ciervos que caballos y que en el país no se criaban mejores. De buen humor, les contestó Kohlhaas que los caballos no habían de ser mejores que los señores que hubieran de montarlos, y les animó a comprar. El Junker, tentado por el alazán, llegó a pedirle el precio. Y el mayordomo le apuntó al amo que comprara una pareja de caballos negros que, faltando como faltaban caballerías, bien podrían utilizarlos ellos en la hacienda. Pero, cuando el tratante dio los precios, los hallaron los nobles demasiado caros; el Junker incluso le advirtió que si seguía tasando así sus animales, habría de acabar yendo en busca del Rey Arturo y los Caballeros de la Mesa Redonda. Kohlhaas había advertido que el alcaide y el mayordomo no habían dejado de cuchichear y lanzar elocuentes miradas a los potros negros y, por una oscura presunción, no escatimó esfuerzos para que se quedaran con ellos. Al Junker le dijo: «Señor, esos potros moros los compré hace seis meses por 25 florines; dadme 30 y son vuestros». El Junker objetó que por el alazán sí estaba dispuesto a gastarse dinero, pero no por los moros, e hizo el ademán de retirarse. Kohlhaas replicó que quizá en otra ocasión en que pasase con caballos sí llegasen a algún trato; le presentó sus respetos y tomó las riendas de su cabalgadura para partir. En aquel momento, salió del grupo el alcaide, para decirle que ya sabía que sin credenciales no podía seguir viaje. Kohlhaas se volvió hacia el Junker y le preguntó si había algo de cierto en aquella disposición que tanto podía trastornar su oficio. Con la mirada turbada, respondió el Junker, mientras se retiraba: «Sí, Kohlhaas, tienes que sacar un pasaporte. Entiéndete con el alcaide y sigue tu camino». Ko-

hlhaas le aseguró que no era su intención faltar a las ordenanzas que pudiera haber sobre tráfico de caballos; le prometió que no dejaría de adquirir la credencial en la cancillería de Dresden, cuando pasara por la ciudad, y le pidió que por esta vez lo dejara marchar, puesto que nada había sabido de aquel requisito. «¡Bien está! –dijo el Junker, puesto que volvía a llover y se estaba calando todo lo magro que era–: dejad pasar al gañán». El alcaide, dirigiéndose al Junker, opuso que como mínimo debería dejar algo en prenda, como garantía de que se procurara las credenciales. El Junker se detuvo en el portal del castillo. Kohlhaas preguntó que a ver a cuánto había de subir, en dinero o en especie, la prenda de los moros. Y entredientes masculló el propio mayordomo que bien podría dejar los mismos caballos en prenda. «Desde luego –dijo el alcaide–, es lo más razonable; y una vez en posesión del pasaporte podrá llevárselos cuando guste.» Kohlhaas, confundido por lo insolente de la pretensión, le dijo al Junker, quien se había alzado aterido los tiros de la cota, que su propósito era precisamente vender los caballos. El de Tronka, para poner fin al asunto le gritó a su gente: «Si no quiere desprenderse de los caballos me lo volvéis a poner al otro lado de la barrera»; y se fue. El tratante, quien no dejó de ver que no le quedaba más remedio que ceder al atropello, decidió cumplir con lo que se le exigía. (...).

No bien hubo llegado a Dresden, en cuyas afueras poseía una quinta desde donde llevaba su negocio a los pequeños mercados del lugar, se dirigió a la cancillería. Allí se enteró por los consejeros de lo que de sobra le había venido barruntando desde el principio: que la historia de las credenciales era pura invención. Kohlhaas, que pidió y obtuvo de los disgustados consejeros un documento que certificaba el desafuero, rió para sus adentros de la ocurrencia del magro Junker, aunque sin acabar de vislumbrar qué pretendiera. Y semanas más tarde, una vez vendida la partida que había llevado, regresó al castillo de Tronka. El alcaide dio la callada por respuesta a la vista del certificado de la cancillería y se limitó a decirle que bajara hasta donde estaban los caballos y se los llevara. Al atravesar el patio, empero, tuvo ya el disgusto de enterarse que a su criado le habían medido las costillas en aquel sitio y lo habían acabado expulsando del castillo a los pocos días de dejarlo allí, a causa de lo improcedente de sus modales, según decían. Al muchacho que le estaba informando le preguntó qué había hecho el otro y quién había cuidado mientras de los caballos, a lo que aquél sólo respondió que no sabía. Acto seguido, y mientras el corazón comenzaba a anunciarle los peores presagios, le franqueó el establo donde tenía los animales. Cuál no sería su sorpresa cuando en lugar de los potros moros, lustrosos y robustos, halló un par de jamelgos secos y tristes; en la osamenta hubiera podido colgarse de todo, como en una espetera; las crines y el pelo, sin atención ni cuidados, estaban hechas un amasijo: ¡la vera efigie de la miseria en el reino animal! Los caballos le dedicaron lastimosamente un débil relincho y Kohlhaas, estremecido, preguntó qué les había sucedido. El muchacho que llevaba a su lado, contestó que no les había sucedido nada de particular; que los habían empleado un poco en el campo, porque habían faltado animales de tiro. Kohlhaas comenzó a renegar de aquel abuso ruin y abominable, pero, sabedor de su impotencia, se contuvo la ira y, como no cabía otro remedio, dio instrucciones para irse cuanto antes con los caballos de aquella cueva de ladrones, cuando en éstas apareció el alcaide, atraído por la discusión, para preguntar qué pasaba allí. «¿Que qué pasa? –respondió Kohlhaas–, ¿quién les ha dado permiso ni al Junker de Tronka ni a su gente para sacar al campo los caballos que yo le había dejado aquí?» Que a ver si lo que habían hecho era siquiera humano, añadió, e intentó espabilar a los extenuados animales de un fustazo, para demostrarle que no podían ni moverse. Después de contemplarlo con insolencia, respondió el alcaide: «¡Hete el deslenguado! Como si no tuviera el granuja que darle gracias a Dios por haberse encontrado vivos los jamelgos» 🐾



# Juan Villoro

por Diego Rabasa

VILLORO, UNO DE LOS MEJORES ENSAYISTAS DE MÉXICO —LARGA Y VARIADA ESTIRPE QUE VA DE MONSIVAIS A DOMÍNGUEZ MICHAEL, DE PITOL A AGUILAR CAMÍN—, HABLA SOBRE ESCRIBIR Y LEER, SOBRE CERVANTES Y BOLAÑO, SOBRE SU LIBRO DE ENSAYOS *De eso se trata*, (UDP, ANAGRAMA). EL TÍTULO PARECE AMPLIO PERO ES CERTERO: VIENE DEL COMPLEMENTO DE LA FRASE DE HAMLET, *to be or not to be*, SEGÚN LA TRADUCCIÓN DE TOMÁS SEGOVIA, EN VEZ DE “HE AHÍ EL DILEMA”. NUEVAS PALABRAS PARA HABLAR MEJOR DE LO MISMO.

**En torno a la eterna pugna entre escribir y vivir, ¿crees que escribir ayuda más que a hacer un futuro o un presente feliz, un pasado presentable?**

La lectura es una forma de la vida. Borges dijo que el hecho fundamental de su vida había sido descubrir la biblioteca de su padre. Para él todo el universo cabía ahí, no tuvo que salir de las páginas de los libros para encontrar una poética personal muy rica. Otros escritores como Hemingway o André Malraux necesitaron arriesgar la vida y ser hombres de acción para llegar a la paz de la escritura. En mi caso digamos que yo estoy en un punto medio. Aunque creo que estoy más cerca del escritor, digamos, libresco, tampoco puedo evitar salir a la intemperie y vivir con los otros. Yo creo que la disyuntiva entre vida y escritura está siempre presente y Thomas Mann la planteó perfectamente en ese famoso dilema de Tonio Krüger cuando dice que la tragedia de un artista es que no se puede sumir en una experiencia porque entonces pierde la perspectiva para narrarla y si se distancia mucho no tiene la pasión para hacerla sentir. Ahí veces que a mí me entra el nervio y pienso “Dios mío me estoy volviendo en un misántropo” y en eso recuerdo la frase de mi maestro Augusto Monterroso que me decía que “los libros no se hacen de libros, se hacen de hombres”, él ponía el acento en esto aunque era un autor muy culto. Y en ocasiones me sucede al contrario, siento que estoy mucho en el mundo y me parece que pierdo la distancia y la capacidad de reflexión. Creo que en este mundo en el que no hay muchos espacios para leer y hay mucha competencia de otros medios, la lectura está siempre atenazada por estas dos opciones: vivir o reflexionar. Me parece que la forma en la que leemos determina mucho que la lectura sea una variante de la vida. Si alguien lee con verdadera pasión está ejerciendo algo tan vital como ejercer algo como en el mundo de los hechos. Me sorprende mucho que digan, por ejemplo que Bolaño desperdició su vida leyendo, como si él no hubiera asumido la escritura y la lectura con la misma intensidad con la que otros asumen explorar el ártico.

**Cuando dices que hay una conexión directa entre Cervantes y las road novel, o entre Cervantes y Bolaño, ¿te parece que esta relación es consciente? Es decir, ¿Bolaño está pensando en Cervantes al escribir *Los detectives salvajes*?**

Yo creo que es inconsciente. Sin duda alguna Bolaño fue un gran lector cervantino pero él no se propuso hacer una novela de tesis en donde esto se expresara. Me parece que una de las cosas más interesantes de la lectura es que le da coherencia retrospectiva a las intuiciones de los escritores. Y a su proceso artístico que muchas veces es azaroso. Cuando un escritor se relee de manera interpretativa, o cuando otro lo lee, lo cual suele ser más común, puede encontrar estas claves que quizá no advirtió de manera consciente. Para Bolaño

la categoría de la valentía fue un valor muy importante. Es un poco raro que un escritor de nuestro tiempo apele a la valentía como un valor estético. Y yo sí creo que ahí tenía muy presente el discurso de las armas y letras de Cervantes, al hablar de la valentía. Sí había una filiación consciente en ese aspecto. No creo que la tuviera en *Los detectives salvajes* y por eso a mí me parece muy interesante hacer una mediación. La reflexión entre el intelectual y el soldado que hace Cervantes, nuevamente el hombre de la reflexión y el hombre que arriesga su vida en el campo de la experiencia y de ahí saltar a autores muy recientes como Piglia que nos habla del detective como un intelectual de la cultura popular, alguien que busca establecer sentido entre las pistas y las huellas dispersas en la ciudad y pasar de la idea del detective de Piglia a la idea del detective de Bolaño que es una investigación de la popular de la realidad hecha en clave poética. Es decir, un detective que entiende que la obra de arte es una forma de vida, y puede no tener obra pero vivir poéticamente. Uno de los intentos esenciales de *De eso se trata* es acercar temas que aparentemente están remotos. Por eso tomé el título de la traducción de Tomás Segovia. Me parece que revela el complejo misterio de la traducción. Se había traducido muchas veces el monólogo de *Hamlet* “Ser o no ser” y luego la siguiente frase era “He ahí el dilema” o “Esa es la cuestión” que son por supuesto traducciones correctas pero que suenan un poco artificiales e inducidas y después de mucho tiempo Segovia logró que la frase sonara como si hubiera sido escrita en nuestra lengua. Muy posiblemente así la hubiera escrito Shakespeare. Entonces yo lo que trato es, toda proporción guardada, es de lograr una traducción equivalente. Leer autores de otros tiempos y otras literaturas y acercarlos al lector de otro mundo que comparte esto conmigo. Tratando de lograr esto que es la claridad que no deja de ser misteriosa, la claridad que no deja de prestarse a muchas interpretaciones que es la que logra Tomás Segovia.

**Escribir es ya una traducción del pensamiento.**

Exacto. No se trata aquí de traducir un lenguaje sino una forma de representación. Es decir, el mundo de un artista, traducido al mundo que compartimos hoy en día a través de la conversación contemporánea que es el ensayo.

**Si perdieras la vista, ¿qué escritor quisieras que te auxiliara con sus ojos?**

La literatura es un arte visual. No vemos imágenes, vemos letras, pero estas letras se transfiguran en imágenes en el cerebro. Cuando una novela nos gusta no vemos letras, vemos la escena de amor, la batalla, una nevada, el naufragio, las cosas de las que habla la novela. Hay escritores de enorme poderío visual como Dostoievsky, por ejemplo. Yo tengo imágenes de San Petesburgo absolutamente indelebles y mucho más presentes que otras que sí he vivido. 🐼

# Poesía espacial

Cecilia Vicuña



Paula Dittborn | Sin título n (detalle)

LA POETA Y ARTISTA CHILENA, JUNTO AL ARGENTINO ERNESTO LIVON-GROSMAN, SON LOS AUTORES DE LA ESPERADA ANTOLOGÍA DE POESÍA LATINOAMERICANA DE OXFORD UNIVERSITY PRESS QUE APARECE EN JULIO. MARCAN UNA DIFERENCIA CON LAS ANTERIORES AL RECOGER LAS TRADICIONES ORALES Y ESCRITAS, ADEMÁS DE MUCHAS VOCES INDÍGENAS Y PROVENIENTES DE OTRAS ARTES: MÁS DE 120 POETAS EN VARIAS LENGUAS, DESDE ANTES DE 1492 HASTA HOY. PRESENTAMOS UN EXTRACTO DEL PRÓLOGO EN EL QUE VICUÑA SE REFIERE AL ESPACIO COMO UNO DE LOS ELEMENTOS CENTRALES DE LAS POÉTICAS MESTIZAS, COMO LLAMA A LA POESÍA QUE NACE DEL CHOQUE CULTURAL AMERICANO.

El espacio es una construcción conceptual específica de cada cultura. La poesía generalmente no se asocia al espacio, pero en la América ancestral su conceptualización jugó un papel crucial en la creación de la poesía y del significado. En occidente, el espacio es interpretado como una extensión tridimensional sin límites. En la cosmología inca, el tiempo y el espacio se crean uno a otro en una interacción mutua. Para los Campa de los Andes, el espacio y las cualidades de la tierra y el cielo son percepciones que habitan en el reino de la mente. Para los Cashinahua de la selva en Perú, el mundo es un lugar mágico o sobrenatural, irreducible a un esquema; cualquier intento simplificaría peligrosamente su significado e importancia. En las culturas indígenas el significado crea al espacio y está atado a la riqueza de la vida. El potencial creador del significado se considera crucial para la sobrevivencia de la tierra y la cultura. Por lo tanto, la diversidad de los significados se mantiene a través de varias y múltiples medios: el gesto, el sonido, la danza y el tejido se suman a la pintura, la cerámica, la escultura y la arquitectura.

En los Andes la gente no escribía sino que tejía el significado con cuerdas y nudos, el quipu. La interacción entre el tejedor y la cuerda crea significado. El nudo es testigo del intercambio. La palabra “quechua”, el lenguaje de mayor difusión en los Andes, significa “pasto torcido”. El lenguaje mismo es visto como tejido, de ahí que escribieran con hilo.

Después de la conquista, cuando las nuevas autoridades se apoderaron de la tierra, el sistema de conocimiento del quipu fue destruido, porque representaba la identidad cultural del pueblo y contenía el registro de la propiedad comunal de la tierra. Pero el sentido comunal del espacio contenido en el quipu permaneció.

El quipu y su contraparte virtual el ceqe, cuyas líneas conectan la geografía sagrada de los Andes, expresaba una poética espacial que hoy persiste en las fiestas indígenas que se celebran a lo largo de la cordillera de los Andes. Estas fiestas son el arte principal del pueblo y un vehículo central de la poesía performática y oral. La fiesta es una expresión multidimensional del mestizaje; aún imbuida de aspectos tomados del cristianismo, mantiene su propósito fundamental: se realiza en reciprocidad con lo divino, como un pago por el don de la vida.

En la fiesta, la comunidad se diviniza y logra la unión transformándose por el influjo de un sonido específico: la disonancia producida por flautas u otros instrumentos. “Lo entiendo todo en dos flautas”, dice Vallejo. Incluimos en este libro un poema oral cantado en la fiesta del Baile de Chinos de Chile central, en el que muchas orquestas de músicos y bailarines peregrinan a un lugar sagrado con la intención de sanar a la tierra y a la comunidad. Suenan simultáneamente gran cantidad de flautas, buscando la disonancia y la creación tímbrica

de “melodías fantasmas”. La audiencia, compuesta por miembros de la comunidad, se mueve junto al grupo de músicos participando en el intercambio cósmico. Originalmente, la fiesta se dedicaba a la Pachamama, madre del espacio-tiempo. Hoy, la estética sónica de la fiesta sigue siendo estrictamente precolombina, aunque la devoción se dirige a figuras sagradas cristianas. El poema, compuesto en décimas, es una re-oralización mestiza de la Biblia, para pedirle amparo a las divinidades en tiempos difíciles, de enfermedad o sequía.

El quipu, como la quintaesencia de la poesía en el espacio, volvió a emerger en el arte y la poesía contemporánea, en las obras de Jorge Eduardo Eielson, Eduardo Vigo y en mi trabajo. El quipu, como las pinturas tibetanas de arena, contiene su propia disolución, la posibilidad de volverse a tejer, de ser muchas veces reescrito. Esta noción de impermanencia es lo que atrajo a los artistas a su estética.

Otras formas de poesía en el espacio aparecieron en las ciudades, sin relación directa con las culturas indígenas y en diálogo con las vanguardias europeas. En la década de 1940, el movimiento MADI concibió una poesía visual a una escala mayor que la de Europa, imaginando un nuevo paisaje para Buenos Aires en el cual las palabras eran tan grandes como los edificios. Distribuyeron panfletos y escribieron diccionarios para crear nuevos conceptos y definiciones del espacio. La poetas concretos de la década de 1950 abrieron el camino a una participación más orgánica de la poesía en la sociedad. Sus trabajos influenciaron a los artistas neo-concretos de los 60, quienes expandieron el concepto del espacio viable con la creación de poemas escultóricos e instalaciones. Los límites entre el arte y la poesía se desdibujaron, el espacio poético se expandió enormemente. Los artistas comenzaron a subvertir, expandir y mezclar caóticamente las categorías. “Catatau”, de Paulo Leminsky, muestra este impulso cuando imagina al filósofo francés René Descartes volviéndose loco en Brasil, un país donde todo se mezcla y desafía las categorizaciones.

En las décadas de 1950 y 60, muchos artistas latinoamericanos se acercaron al performance y comenzaron a producir obras que interactúan específicamente con el lugar en una forma que recuerda a las prácticas indígenas. Sucedió en sincronía, aunque independientemente, con Europa y Estados Unidos. El concepto dadaísta de la acción poética encuentra nuevas expresiones en ciudades como Caracas, México y Buenos Aires. En este libro, además de las obras ya mencionados, incluimos a amereida, un colectivo de arquitectos-poetas que viajó por Sudamérica haciendo poesía e instalaciones en la naturaleza. También incluimos los poemas de Raúl Zurita escritos en el cielo de Nueva York y en el desierto de Atacama. 🐾

Extracto de la introducción a *The Oxford Book of Latin American Poetry*, julio de 2009. Gentileza de Oxford University Press.  
Traducción de Marcela Fuentealba

# Descifrar el espacio

Guadalupe Nettel

**G**eorges Perec (Paris 1936-1982) fue descrito por Italo Calvino como «una de las personalidades literarias más singulares del mundo, al punto de que no se parece a nadie en absoluto». Si bien es cierto que este autor construyó una obra literaria innovadora, sería un error fijarse únicamente en el virtuosismo de su prosa (el de *La disparition*, por ejemplo, donde la letra «e» no se emplea jamás, la construcción de *La vida, instrucciones de uso* o sus palíndromos de doscientas palabras, por mencionar algunos ejemplos) y olvidarnos de su sutileza, de la fuerza y la profundidad de su obra.

Marcada por un destino trágico, la obra de Perec no dejará de hacer referencia a los acontecimientos de su infancia: Perec era hijo de judíos polacos. Su padre, Icek Peretz, se enroló de forma voluntaria en el ejército y murió en junio en 1940. Poco tiempo después su madre lo envió a Villard-de-Lans, para protegerlo de las deportaciones. Fue en esa ciudad donde su nombre fue transformado en Perec. A principios de 1943, la madre del autor fue detenida y enviada a Auschwitz, donde murió meses más tarde. Bajo la tutela de su tía, Perec estudió con éxito en los colegios más prestigiosos y exigentes de París y llegó a cursar la escuela de hypokhâgne en el liceo Henri IV, con la intención de llevar a cabo estudios de historia, pero su pasión por las letras terminó por disuadirlo. En 1965, publicó su primera novela *Las cosas*, y obtuvo con ella el Premio Renaudot. Desde entonces, no dejó de sorprender a la crítica con una obra que renovaba su estilo en cada entrega. Ninguno de sus libros se parecía al siguiente.

En 1967 fue cooptado oficialmente por el grupo de escritores Oulipo, fundado en 1960 por Raymond Queneau. Toda su obra se verá marcada por los postulados de este grupo, especialmente por el uso de la traba, o impedimento, como motor de la creación literaria. Aunque al principio resulte difícil imaginar cómo se puede escribir tras este tipo de reglas, el recurso del impedimento, según quienes lo aplican —y aquí encontramos otra paradoja—, enjaula al escritor para darle libertad a lo que escribe: la atención que se necesita para escribir bajo estas trabas no deja espacio a las autocensuras y modelos aprendidos de lo que se debe decir y lo que no.

En un texto llamado «Notas sobre lo que busco», Perec presentó los cuatro polos de su escritura: «el mundo que me rodea, mi propia historia, el lenguaje, la ficción». Así, sus textos se enfocan a veces en la sociología (*Las cosas*, *Especies de espacios*, *Penser/Classer...*), a veces en la autobiografía (*W* o el recuerdo de infancia, *Me acuerdo...*), en ocasiones en el puro ejercicio oulipiano y, finalmente, en las formas novelescas (*El secuestro*, *La vida, instrucciones de uso*). Pero Perec insiste mucho en que esos cuatro polos de escritura se traslapan, se mezclan y «plantan quizás, a fin de cuentas, la misma pregunta, aunque con perspectivas particulares». Se trata de una prosa llena de recovecos, de alusiones sutiles, de guiños para el bibliómano. Su literatura siempre está dirigida a un lector ideal, a quien no hace falta explicar nada; como si Perec nos dijera que la comprensión de los lectores depende de ellos mismos y no del autor.

A pesar de su muerte prematura, a los 46 años, la obra publicada de Georges Perec cuenta más de cuarenta títulos. La mitad se publicaron de manera póstuma. Entre ellos está *Lo infraordinario*, que la editorial Seuil publicó en 1996. Desde la introducción titulada «¿Aproxima-

ciones a qué?», Perec describe cómo los grandes acontecimientos se apoderan siempre de los encabezados de la prensa, mientras que los sucesos nimios y cotidianos suelen pasar inadvertidos a pesar de que son éstos, y no los primeros, los que constituyen el entramado mismo de la vida. Esa introducción, escrita con la pasión de un manifiesto, reivindica el poder fundamental de lo minúsculo, de lo cotidiano, de lo que suele pasar inadvertido: «Me importa poco», dice el autor, «que estas preguntas sean, aquí, fragmentarias, apenas indicativas de un método, como mucho de un proyecto. Me importa mucho que parezcan triviales e insignificantes: es precisamente lo que las hace tan esenciales (...).»

Perec no fue el único en su tiempo en defender el poder de lo cotidiano. Otros intelectuales franceses como Roland Barthes o los miembros del Collège de Sociologie habían señalado la grandilocuencia que sufrían las ciencias sociales, en particular la historia y la sociología, quienes no hacían sino comentar los grandes eventos de la actualidad y la historia, sin detenerse a mirar los usos y costumbres, la vida cotidiana de los seres humanos. Sin embargo, Perec es el primero en defender esa causa con tanto vigor, desde el frente de la literatura. Así, el método de *Lo infraordinario* consiste en desplegar una descripción meticulosa que permita atrapar las características de cada espacio, las formas de utilizarlo, pero también la interacción creadora entre el individuo y sus espacios en el ámbito de la vida diaria.

El libro comienza con una descripción totalmente realista de la rue Vilin, sus edificios, sus habitantes, sus comercios. No es casual que Perec haya elegido esa calle entre todas las de París: se trata de la calle donde pasó la primera parte de su infancia, la última calle que habitaron sus padres. Ese lugar constituye el origen de su propia biografía. La descripción que de él se hace en este libro, parece, en un principio, la más aséptica y objetiva del mundo. Y, aunque nunca pierde el realismo que la caracteriza, poco a poco van apareciendo una gran cantidad de huellas —diminutas como era de esperar— que nos hablan del pasado de la rue Vilin, de ese barrio de esa ciudad, huellas sobre la biografía de Perec y su familia, sobre la deportación y el holocausto. No sería exagerado decir que se trata de una lectura cabalista de los objetos y las escenas cotidianas: cada puerta, cada casa, cada ventana clausurada, cada escena constituye un signo y ofrece una interpretación.

Otra constante fundamental en la obra de este autor es la relación de los seres humanos con el espacio. Perec dedicó uno de sus libros más importantes (*Espèces d'espaces*, Galilée, 1974) a reflexionar sobre este tema, pero en todos sus escritos los problemas de distribución espacial, ya sea de los individuos, las cosas o de los acontecimientos, resultan esenciales. La contribución de Perec para hacer que esta espacialidad sea visible y sensible, involucra dos niveles muy diferentes pero complementarios. Por un lado, nos lleva a reflexionar sobre la dimensión espacial de la vida cotidiana y por otro sobre la construcción tanto de la identidad individual como de la memoria. Al menos así sucede en *Lo infraordinario*, un ejemplo muy claro de los alcances que la descripción de un lugar puede tener en términos tanto analíticos como cognitivos.



«El espacio», decía Perec, «se funde al igual que la arena se es-  
capa entre los dedos. El tiempo se lo lleva y no me deja más que  
pedazos sin forma (...). Escribir es tratar meticulosamente de rete-  
ner algo, de hacer que algo de todo esto sobreviva: arrancar algunos  
pedazos precisos al vacío que se forma, dejar, en alguna parte, un  
surco, una huella, una marca o un par de signos.» (extraído de *Es-  
pèces d'espaces*).

Desde su publicación, este libro póstumo que Perec probablemen-  
te consideraba inacabado como una serie de preguntas «apenas in-  
dicativas de un método, como mucho de un proyecto», ha suscitado  
grandes comentarios y reflexiones acerca del papel de lo cotidiano

en la literatura y de nuestra comprensión de la realidad. Lo infraor-  
dinario ha sido considerado por una gran cantidad de escritores  
como una prueba de la lucidez extraordinaria que tenía Perec en  
materia de literatura. No es soslayable tampoco la impresión que ha  
causado en autores de nuestra lengua, pienso inmediatamente en  
Enrique Vila-Matas y en Mario Bellatín que en reiteradas ocasiones  
han comentado la influencia de Perec en su propia creación litera-  
ria. Los postulados que este libro plantea no se limitan únicamente  
al ámbito de la literatura, también se asemejan a procedimientos  
del arte contemporáneo como los de la francesa Sophie Calle o la  
mexicana Daniela Franco.



## ¿Acercamientos a qué?

Georges Perec

Quien nos habla, me da la impresión, es siempre  
el acontecimiento, lo insólito, lo extraordinario:  
en portada, grandes titulares. Los trenes sólo empie-  
zan a existir cuando descarrilan y cuantos más muer-  
tos hay, más existen; los aviones solamente acceden a  
la existencia cuando los secuestran; el único destino  
de los coches es chocar contra los árboles: cincuenta  
y dos fines de semana al año, cincuenta y dos balan-  
ces: ¡tantos muertos y tanto mejor para las noticias si  
las cifras no cesan de aumentar! Es necesario que tras  
cada acontecimiento haya un escándalo, una fisura, un  
peligro, como si la vida no debiera revelarse nada más  
que a través de lo espectacular, como si lo elocuente,  
lo significativo fuese siempre anormal: cataclismos  
naturales o calamidades históricas, conflictos sociales,  
escándalos políticos...

En nuestra precipitación por medir lo histórico,  
lo significativo, lo revelador, no dejemos de lado lo  
esencial: lo verdaderamente intolerable, lo verdadera-  
mente inadmisibles; lo escandaloso no es el grisú, es  
el trabajo en las minas. La “desigualdad social” no es  
“preocupante” en época de huelga: es intolerable las  
veinticuatro horas del día, los trescientos sesenta y  
cinco días del año.

Los maremotos, las erupciones volcánicas, las torres  
que se derrumban, los incendios en bosques, los túne-  
les que se hunden, (...) ¡Horrible! ¡Terrible! ¡Mons-  
truoso! ¡Escandaloso! ¿pero dónde está el escándalo, el  
verdadero escándalo? Acaso el periódico nos ha dicho  
algo diferente de: tranquilícense, ya ven que la vida  
existe, con sus altibajos, ya ven que pasan cosas.

La prensa diaria habla de todo menos del día a día. La  
prensa me aburre, no me enseña nada; lo que cuenta no  
me concierne, no me interroga y ya no responde a las  
preguntas que formulo o que querría formular. (...)

Cómo hablar de esas “cosas comunes”, más bien  
cómo acorralarlas, cómo hacerlas salir, arrancarlas  
del caparazón al que permanecen pegadas, cómo  
darles un sentido, un idioma: que hablen por fin de

lo que existe, de lo que somos.

Quizá se trate finalmente de fundar nuestra propia  
antropología: la que hablará de nosotros, la que busca-  
rá en nosotros lo que durante tanto tiempo hemos co-  
piado de los demás. Ya no lo exótico sino lo endógeno.

Interrogar a lo que parece ir tan por su cuenta que  
nos hemos olvidado de su origen. Recuperar algo del  
asombro que experimentaron Julio Verne o sus lecto-  
res frente a un aparato capaz de reproducir y transpor-  
tar el sonido. Porque existió ese asombro, y otros miles,  
y fueron ellos los que nos modelaron.

De lo que se trata es de interrogar al ladrillo, al  
cemento, al vidrio, a nuestros modales en la mesa,  
a nuestros utensilios, a nuestras herramientas, a  
nuestras agendas, a nuestros ritmos. Interrogar a lo  
que parecería habernos dejado de sorprender para  
siempre. Vivimos, por supuesto, respiramos, por su-  
puesto, caminamos, abrimos puertas, bajamos esca-  
leras, nos sentamos a la mesa para comer, nos acos-  
tamos en una cama para dormir. ¿Cómo? ¿Dónde?  
¿Cuándo? ¿Por qué?

Describan su calle, describan otra.

Compáren.

Hagan el inventario de sus bolsillos, de su bolso. In-  
terróguense acerca de la procedencia, el uso y el deve-  
nir de cada uno de los objetos que van sacando.

Pregúntenle a sus cucharillas.

¿Qué hay bajo su papel de la pared?

¿Cuántos gestos hacen falta para marcar un número  
de teléfono? ¿Por qué?

¿Por qué no se encuentran cigarrillos en las tiendas  
de alimentación? ¿Por qué no?

Me importa poco que estas preguntas sean, aquí,  
fragmentarias, apenas indicativas de un método,  
como mucho de un proyecto. Me importa mucho que  
parezcan triviales e insignificantes: es precisamen-  
te lo que las hace tan esenciales o más que muchas  
otras a través de las cuales tratamos en vano de captar  
nuestra verdad. 🐼



### • FICHA

*Lo infraordinario*

Georges Perec

IMPEDIMENTA

Traducción de Mercedes Cebrían,

122 páginas

Guadalupe Nettel (México, 1973)  
es autora del libro de cuentos *Pétalos y  
otras historias incómodas* y de la novela  
*El huésped* (Anagrama).

# Tres poemas medievales anglosajones

Traducción de Armando Roa Vial

COMPUESTA ENTRE LOS SIGLOS VI Y X, LA POESÍA MEDIEVAL INGLESA ES EN GENERAL ANÓNIMA, AUNQUE PERSISTEN LOS NOMBRES DE LOS POETAS CAEDMON, BEDA, ALFREDO EL GRANDE Y CYNEWULF. COMO VEMOS AQUÍ, NO ES SÓLO MÍTICA, ÉPICA O LÍRICA, SINO PEGADA A LA VIDA CORRIENTE. ESTOS POEMAS, ANÓNIMOS Y ESCRITOS ENTRE LOS SIGLOS VII Y IX, FUERON TRADUCIDOS POR ARMANDO ROA Y SON PARTE DEL LIBRO *El Cantar del Hierro. Beowulf y otros poemas anglosajones escogidos*, QUE PUBLICARÁ PRÓXIMAMENTE RIL.

## EL ESCUDO

Soy mi soledad. Cargo con la huella de lanzas y espadas,  
ya hastiado de tantas batallas, de gemir bajo el rostro de la guerra  
y de enfrentar al odioso enemigo. No traigo esperanza de auxilio,  
pues estoy hecho para la muerte. En la ciudadela de las espadas,  
espadas labradas a fuego por el artesano, soy mordido  
una y otra vez. Y no puedo sino esperar un encuentro más aterrador.  
Aquí no hay doctores que curen mis heridas con hierbas y raíces,  
mis heridas que se abren más y más;  
Día y noche estoy a merced de la estocada de la muerte.

## ALMA Y CUERPO II (fragmento)

Y qué haremos tú y yo al resucitar.  
Nos revolcaremos nuevamente en esos vanos jolgorios,  
aquellas pompas en las que tanto me empeñaste.  
No; seremos apartados, el puño de la muerte  
ahogará nuestras alegrías bajo un manto de polvo,  
el polvo que siempre fuimos,  
mudo a toda respuesta,  
incapaz de alivio, auxilio o sosiego.  
Tu cabeza está hendida, las manos separadas,  
las mandíbulas abiertas de par en par y la boca desgarrada.  
Los tendones se rajan y el cuello se pudre;  
los gusanos ávidamente muerden tus costillas  
y se embriagan con tu sangre;  
la lengua se te cae a pedazos,  
botín de alimañas hambrientas que rapiñan tu cadáver,  
ya privado de palabras. Es la Gula,  
al dictado del gusano, con sus quijadas insaciables,  
asaltando tu sepultura, recorriendo el sudario  
y ensañándose en tu boca, tus ojos y tu rostro,  
nutriente de gusanos,  
cuando el cuerpo yace frío y mutilado,  
despojado de ropas y ornamentos,  
reducido un puñado de jirones que abonan la tierra.

## EL LAMENTO DE LA ESPOSA

Vaya éste, el testimonio de mi desdicha,  
de cómo yo, abatida, si bien pesares he sufrido  
a lo largo de mi vida, ninguno ha sido tan duro como éste.  
El infortunio del exilio marchita mi vida.  
Muy lejos zarpó mi señor,  
impulsado por abruptas corrientes; afligida amanecía  
cada día, al imaginar cuál sería su destino.  
Y así salí a su encuentro, sola,  
desgarrada por la aflicción y la inquietud.  
Pero entonces los suyos, en aquel odioso reino,  
Consumaron su rencor y pudieron separarnos.  
Y así se me ordenó permanecer aquí,  
en estas regiones donde he sido privada de afectos,  
cargando mi duelo. Hasta que por fin a mi dueño  
abracé, él con su corazón herido, con su esperanza deshecha,  
encubriendo ese crimen que había urdido con astutos propósitos.  
Hicimos votos de fidelidad; únicamente la muerte habría  
de apartarnos.  
Pero pronto todo hubo de cambiar  
y el amor quedaría inconcluso. Desde la distancia o desde la cercanía  
hube de sollozar la ausencia de mi amado.  
Fui confinada en este bosque,  
a la sombra de esos árboles, en esta madriguera baldía donde  
he de morar  
rodeada por oscuras laderas y solitarias colinas,  
en esta espesura donde brota la zarza,  
en estos senderos privados de alegría. Aquí he de dolerme  
por la partida de mi dueño. Amantes hay muchos sobre esta tierra,  
cada uno compartiendo su amor en el lecho;  
lejos de ellos estoy ahora, cuando ya amanece  
y vago a solas en esta madriguera, bajo estos árboles.,  
Largos son los días del verano,  
cuando lloro las privaciones del destierro; y ya no sé  
si habrá sosiego a mi corazón  
y a estas añoranzas que consumen mi vida.  
Puede que el infortunio se ensañe sobre aquel hombre,  
por más que oculte sus dolores bajo una apariencia feliz,  
o que la aflicción perturbe su corazón abatiéndole,  
o que en confines remotos circule como un exiliado; mi señor  
estará a solas, en un lúgubre recinto, al borde de los acantilados,  
rodeado por el mar que sacude la tormenta, recordando  
atribulado la dicha ya ida. Pocas cosas tan duras hay en esta vida  
como aguardar por un amor que nunca habrá de llegar. 🐉



Paula Dithorn | Sin título IV (detalle)

# Un cuento y dos poemas chinos

Andrés Ibáñez, Li Yeh, Jung Tzu

EL NOVELISTA Y CRÍTICO ESPAÑOL ANDRÉS IBÁÑEZ (1961) ESCRIBIÓ, PARA SORPRESA DE SUS LECTORES Y EDITORES, UN LIBRO DE CUENTOS CHINOS, *El perfume del cardamomo* (IMPEDIMENTA). EL POETA NORTEAMERICANO KENNETH REXROTH, JUNTO A LA TAIWANESA LING CHENG, RECOPIARON POESÍA ESCRITA POR MUJERES CHINAS DE TODOS LOS TIEMPOS EN *El barco de las orquídeas* (GADIR). AQUÍ REUNIMOS FRAGMENTOS DE AMBOS LIBROS, UN CUENTO Y DOS POEMAS, UNA BREVE ANTOLOGÍA DE LA SENCILLEZ CHINA, TAOÍSTA, SIEMPRE ATIBORRADA PARA VER EL VACÍO INDECIBLE O LA PREGUNTA INCONTESTABLE.

EL ARTE DEL DISIMULO

Andrés Ibáñez

Un hombre llega a un hotel en una pequeña localidad de montaña y pide una habitación para pasar la noche. Está muy cansado, ya que lleva todo el día viajando, de modo que sube, se tumba en la cama y se queda dormido. De pronto, en mitad de la noche, se despierta y descubre que hay alguien en la habitación, una figura oscura e informe que está fisgoneando en su equipaje. ¿Será un ladrón?, se dice muerto de miedo. Como en su hatillo no lleva nada de valor, prefiere hacerse el dormido a arriesgarse a que el otro le corte el cuello. De modo que permanece allí inmóvil y temblando, y ve cómo el otro finalmente se carga su hatillo al hombro y sale de la habitación.

El hombre suspira y vuelve a dormirse. Ha perdido un hatillo en el que sólo había unas pocas ropas viejas, pero ha salvado la vida. Su dinero, su pipa y sus gafas las tiene con él, bien metidas debajo de la almohada. La vida a cambio de un hatillo, se dice, no parece tan mal negocio. Luego se dice que lo que pasa en realidad es que es un cobarde.

Este hombre se parece a una muchacha que está recogiendo ciruelas en un huerto. Se trata de un huerto construido en la ladera de una montaña y formado por una serie sucesiva de escalones. En cada escalón crece una única y larga hilera de árboles, y la muchacha va llenando la cesta que lleva en el regazo con las ciruelas de las ramas más bajas. Cuando ve ciruelas maduras en las ramas más altas, se dice: “Están demasiado pasadas y picadas de insectos, éstas ya no se pueden comer”.

Esta muchacha se parece a la zorra, que ve el reflejo de la luna en el agua y se abalanza al lago en la mitad de la noche. Y cuando se encuentra con que lo que había tomado por una gran sandía pálida no era más que un poco de luz y de agua fría, se dice a sí misma: “Bueno, de todas formas no tengo hambre”.

Este hombre, esta muchacha y esta zorra se parecen al grillo, que canta de forma incesante en las noches de estío y que calla temeroso en cuanto siente la proximidad de que alguien se acerca.

SALUDO A LU HING-CHIEN

QUE VINO A VISITARME JUNTO AL LAGO CUANDO ME ENCONTRABA ENFERMA

Li Yeh, siglo VIII

La última vez que te marchaste, la  
Luna brillaba en la abundante  
Escarcha. Ahora, has venido por entre  
Una niebla glacial a visitarme,  
Pues aún estoy aquí tumbada y enferma.  
Cuando intento hablar, se me  
Saltan las lágrimas. Me instas a que  
Beba el vino de T'ao Chien y  
Canto los poemas de bienvenida a Hsieh  
Ling-yün. De vez en cuando sienta  
Bien emborracharse. ¿Qué hacer, si no?

EL ESPEJO DE MI TOCADOR ES UN GATO JOROBADO

Jung Tzu (1928)

El espejo de mi tocador es un gato  
Jorobado. Mi imagen cambia  
Continuamente como en un agua  
Que corre. Un gato jorobado.  
Un gato mudo. Un gato solitario.  
El espejo de mi tocador. Un  
Ojo que mira, redondo, asustado.  
Un sueño sin jamás despertar  
Tiembla en su interior. ¿Tiempo?  
¿Destello? ¿Pena? El espejo  
De mi tocador es un gato del sino,  
Como una cara tiránica que  
Encierra mi profusa belleza en  
Su monotonía, mi discreta  
Virtud en su ordinariez. Pasos,  
Gestos, indolentes como  
Un largo verano, se alejan de sus  
Melódicos pasos, enclaustrados  
Aquí, en el espejo de mi tocador –  
Un gato agachado. Un gato.  
Un sueño confuso. Sin luz. Sin  
sombra. Ni una sola vez  
El reflejo de mi imagen verdadera. 🐈



# Arte en situación de calle

Justo Pastor Mellado

MELLADO LLEVA DESDE EL 2005 UN DIARIO CRÍTICO ON-LINE (WWW.JUSTOPASTORMELLADO.CL) EN EL QUE OBSERVA CHILE DESDE EL ARTE HACIA LA POLÍTICA. VARIOS DE ESTOS PENETRANTES ARTÍCULOS SE REÚNEN EN *Textos de batalla* (METALES PESADOS), QUE RECORRE CASI TRES AÑOS DE PENSAMIENTO CONTINGENTE, DESDE EL 27 DE MARZO DE 2006 AL 27 DE ENERO DE 2009, Y COMPONE UN MAPA DE LAS PRETENSIONES CULTURALES NACIONALES. DESTACAMOS UNA DE LAS ENTRADAS DEL 17 DE ENERO DE 2009.

Las escenas del *Flautista de Hamelin* dominan la interpretación de la noche inaugural de Santiago a Mil, con un camión en cuya plataforma se producen unos músicos detrás de los que un público reconocido y agradecido baila al son de la pauta que le ponen. Ese ha sido el final de fiesta que tuvo su momento relevante en una representación “de calle” que acercaba a Dante a la cuneta. El Paraíso y el Infierno habían sido representados, como si el Transantiago no existiera, como si hubieran contratado a un grupo de actores para encubrir el malestar corporal cotidiano de la ciudadanía. Habrá que recordar que la Pequeña Gigante fue producida sobre los despojos escenográficos de una catástrofe de micros amarillos, como si les hubieran pagado a la compañía francesa para venir a marcar la diferencia simbólica respecto de lo que debía ser el nuevo transporte público. Pero el fracaso del transporte público ya pretendían encubrirlo con más arte público. El ministro Cortázar debía financiar Santiago a Mil, como aporte a la estrategia de banalización de sus miserias. De este modo, el *Flautista de Hamelin* vino a reemplazar al viejo de Coppelía y al fantasma del viejo del saco.

Sin embargo, la imagen del desistimiento de la iniciativa ciudadana la tuvo que pagar el propio “candidato a candidato” Insulza, que no supo cuál era el destino de los votos que porta el público que sigue como ratones a los músicos que interpretan su vergüenza en la plataforma móvil. Vergüenza de saber que están para definir a los otros como ratones al final de un espectáculo que ha logrado carnavalizar la gran dramaturgia.

La política chilena se ha transformado en una gran industria de la producción de imagen. Esto no es un gran descubrimiento. Baste con reconocer que la producción de imagen exige unos gestos que los sujetos representantes ya no están en medida de sostener. Hay que imaginar el peso que tenía, en la retórica allendista, por ejemplo, el significante radial. El micrófono lo constituía como sujeto. Recuerdo haber escuchado, en los cerros de San Antonio, a fines de los sesenta, a candidatos comunistas hablar frente a un micrófono en la plataforma de un camión. Era teatro simple con amplificación precaria, pero el discurso muy claro. Ahora, frente a las cámaras, en una conferencia de prensa, ningún político sostiene siquiera su propia voz. Por esa razón los empresarios del teatro les arriendan el espectáculo de la ilusión de calle.

Este es el tipo de arte público que el ministerio de la economía simbólica para sectores carenciados implementa. De los carnavales porteños para los pobres a los carnavales metropolitanos para las juventudes ABC1, no existe gran diferencia. Lo que permanece es el carácter del carnaval.

No se vaya a creer que los asesores y los productores han leído a Propp. Incluso, en el Consejo Nacional andaban buscando la dirección de un señor Bajtin para contratarlo como asesor de programa-

ción. Pero no estaba disponible. Entonces, tuvieron que conformarse con traducir unas interpretaciones de Propp, sobre el rol de los festivales de teatro como síntoma de la carnavalización empresarial, en franja de verano. Sin embargo, la empresarialización asistida de los festivales de teatro estivales satisface una constante internacional en la que al lado de un invitado ponen un criollo de mala calidad para poder justificar la inversión.

Al fin y al cabo, la producción de las obras implica su recepción; tenemos, entonces, el arte público que los asesores nos hacen merecer, no el que debíamos merecer. No cabe duda que en lo carnavalesco existe un potencial paródico que produce un quiebre en la jerarquía de la organización social. Sin embargo, “no necesariamente lo carnavalesco produciría prácticas revolucionarias, sino que, por el contrario, pueden ser simplemente prácticas de descompresión”. Esta es una reflexión que he encontrado en la obra de Hugo Mancuso, *La palabra viva. Teoría verbal y discursiva de Michail M. Bajtin*. (Paidós, Buenos Aires, 2005, p. 104) y que se revela de gran utilidad para analizar la creciente carnavalización de la política y de las prácticas culturales en la escena chilena. Entonces, si bien se puede pensar que en un cierto sentido, en lo carnavalesco lo más importante es la voz de los marginados, la verdad es que la carnavalización deviene instrumento represivo, sobre todo a partir del análisis que hace Bajtin sobre Rabelais. De ahí que respecto de la teoría ministerial de arte público, sea necesario terminar esta entrega con una nueva cita de la obra de Mancuso:

“Bajtin no ve en el carnaval la liberación de las voces de los oprimidos —al menos no primordialmente—, sino que, por el contrario, ve la metodología de la ideología dominante para asimilar las voces de los oprimidos. En otros términos, el carnaval no es la liberación de los marginales, sino su legitimización como tales y su consecuente integración asimétrica” (p.93).

En relación a lo anterior, el empleo de la frase “arte en situación de calle” remite a cómo los espectáculos de calle están destinados a descomprimir situaciones sociales que la autoridad se empeña en leer como trabadas, por efecto de su propia política de vaciamiento ciudadano. De tal modo que lo carnavalesco, en clave compensatoria, sería un índice de medición y modulación de la devaluación subjetiva de grandes contingentes de población que deben ser concebidos “en situación de calle”. Lo carnavalesco, en nuestra escena, proporcionaría el techo simbólico necesario para producir la ilusión de rescate temporal. 🐼

# El vibrador contra el hombre

Daniel Alarcón



DANIEL ALARCÓN (1977) SE HIZO CONOCIDO COMO NARRADOR CON LOS LIBROS *Guerra a la luz de las velas* y *Radio Ciudad Perdida* (ALFAGUARA). SUS FILOSOS CUENTOS HABLAN DE GENTE SIN IMPORTANCIA, DE LA TERRIBLE REALIDAD DE PARADA A LOS OLVIDADOS Y LOS ANÓNIMOS, EN ESTADOS UNIDOS, PERÚ O CUALQUIER OTRO PAÍS. NACIÓ EN LIMA, CIUDAD A LA QUE SIGUE LIGADA (ES EDITOR ASOCIADO DE LA REVISTA *Etiqueta Negra*) PERO CRECIÓ Y ESCRIBE EN INGLÉS —LA CRÍTICA INGLESA HA DICHO QUE ES “INIGUALABLE” EN INVENTIVA Y SENTIDO DEL DETALLE—; COMO SEÑALÓ MARCELO SOTO, ESTÁ MÁS CERCA DE DON DELILLO QUE DE VARGAS LLOSA. ESTE ES UNO DE LOS CUENTOS DE *El rey siempre está por encima del pueblo*, SU TERCER LIBRO, QUE ACABA DE PUBLICAR SEXTO PISO.

Hace unos años, la chica con la que salía recibió una oferta de trabajo en otra ciudad.

Ambos creíamos estar enamorados, así que nos pusimos a idear maneras de seguir juntos. Dimos paseos por las colinas de Oakland. Nos leímos poesía durante soleadas tardes, y nos hicimos promesas que ninguno tenía intención de cumplir. En ese afán, nos encontramos una tarde en un famoso sex shop de San Francisco, buscando un vibrador para darle compañía durante esas noches en las que estuviéramos separados. Aunque siempre he sido curioso, me parecía algo indigna la figura de un hombre solo entrando a una tienda de ésas. Nunca había entrado a una. Acompañado por una mujer hermosa, la cosa era muy distinta: rebuscamos entre la enorme variedad de penes mecanizados, inspeccionando cada uno como a una obra de arte, comentando sus formas y tamaños, y especulando sobre el placer específico que proveían. Fue divertido. Escuchábamos la suave música de fondo, mientras nos tomábamos las manos y nos besábamos. No podíamos dejar de tocarnos.

Habíamos pasado ya un buen rato allí, cuando me fijé en un sujeto como de mi edad, andando tras nosotros. Al principio no le presté atención, pero el tipo me seguía mirando y, finalmente, se acercó y me preguntó, en español, si podía hablar conmigo a solas.

—Un asunto de hombres —dijo. Mi chica se apartó con una sonrisa, dildo en mano, mientras yo volteaba a hablar con el extraño. Tenía un aire preocupado.

Además, tenía un problema, me confió, y antes de que pudiera responder nada, sacudió la cabeza. —No ese problema. Otro —asentí. Me explicó que se trataba de cierta chica que le gustaba, pero era virgen y tenía miedo. Antes de que pudieran acostarse, ella quería intentar hacerlo a solas, así que lo había enviado a conseguirle un juguete con el cual practicar.

Él necesitaba consejo: ¿qué debía comprarle? Iba a decirle que era mi primera vez en una tienda de ésas, pero me contuve. Había algo en la forma en que me abordó, ese tono respetuoso, que me hizo sentir incapaz de traicionar su confianza. Ladeé la cabeza, pensativo, como si hubiera lidiado con alguna situación similar antes. —¿Una virgen? —pregunté—. ¿Estás seguro?

—Sí—, replicó él. Ante nosotros se extendía una pared completa de juguetes sexuales: vibradores con cabezas rotativas, gigantescos penes de látex en colores alarmantes, maravillas mecanizadas que no se veían como nada que uno pudiera encontrar en el cuerpo de un hombre. Nos detuvimos frente a un juguete que había recibido comentarios elogiosos de los empleados del establecimiento. Cinco estrellas. Era del tamaño de un baguette francés, curvado como un arco, adornado con una hilera de pequeñas bolitas. El extraño lo tomó.

Me echó una mirada de desconcierto y presionó el interruptor. El extremo circuncidado del baguette se onduló en rítmicos movimientos, formando ochos, y las esferas metálicas palpitaron suavemente.

—¿Qué pensará del mío, si le doy esto? —preguntó. —¿Te lo ha visto? —le dije. Él negó con la cabeza. —Asegúrate de que se vea maravilloso en comparación. —¿Qué más podía decirle? Le ofrecí algunas palabras de aliento, y me retiré.

Le conté a mi chica sobre las preocupaciones del extraño. Compramos un aparato similar, aunque de pilas, y partimos hacia la fiesta, creyendo aún estar enamorados. De algún modo, mientras salíamos, no se me ocurrió que aquel mundo —su nueva ciudad— estaba lleno de penes, mecánicos o no, mejores, más grandes y más ágiles que el mío. En el auto, desempaqueté su nueva máquina y le puso las baterías. Mientras yo iba conduciendo, ella sonrió coqueta y se levantó la falda. Su juguete cobró vida. Apagué la radio para que pudiera concentrarse. —Oh, guau —dijo un momento después y, aunque ella seguía hablando, en un instante me di cuenta de que estaba solo. Sus ojos estaban cerrados, sus labios se movían, pero no había sonido alguno. Durante la fiesta me mantuve pegado a ella, y esa noche le hice el amor, celoso.

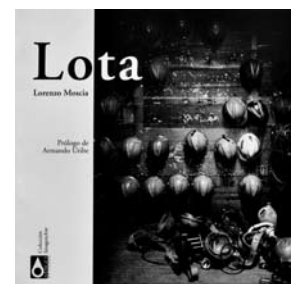
Pocas semanas después, partió a su nueva ciudad. Hablábamos por teléfono, pero no era lo mismo, así que decidí visitarla. Por supuesto, todo había cambiado entre los dos. Le pregunté por su juguete.

Me contestó que las baterías se habían agotado. —Supongo que eso significa que me has extrañado. —Ella sonrió débilmente, pero no contestó. —Ya —le dije, y no volví a verla jamás. 🐼

# Lota

Armando Uribe

ESTE TEXTO DEL POETA ARMANDO URIBE INTRODUCE AL LIBRO DE FOTOGRAFÍAS DE LORENZO MOSCIA, *Lota*, QUE ACABA DE PUBLICAR MAGO EDITORES, Y QUE RETRATA LA VIDA DE VARIOS PERSONAJES DEL EX PUEBLO MINERO, EN ESPECIAL DE UN HOMBRE AL QUE LE DICEN “EL COFLA”. URIBE DECLARA ESCRIBIR PORQUE HA FORMADO CON MOSCIA “UNA AMISTAD COMPUESTA DE FOTOGRAFÍAS Y CONVERSACIONES REFERENTES A LA POESÍA. LAS FOTOS PUEDEN TENER POESÍA. HAY POESÍA EN TODAS LAS ARTES VERDADERAS, NO SÓLO EN LOS POEMAS ESCRITOS”, DICE, PARA LUEGO ENCANDILARSE CON LA “LOTA REAL Y DETALLADA, ABISMAL” DE LAS FOTOGRAFÍAS.



La gente de Lota es mestiza chilena. Significa que desciende linealmente de mapuches y de conquistadores extranjeros de España de cuatrocientos años ha, calculados a ojo de buen varón (acaso no es tan bueno tal individuo). Como sea no son estos latinos tan antiguos en su territorio, si bien su relación con el carbón los hace antiguos como el hombre es de antiguo, una estirpe de milenios en el cavar la tierra y rocas milenarias y aún en este caso más antiquísimos aún (como peces, toros, mamíferos) que extraen el carbón submarino debajo de la arena y las rocas del piso del Océano Pacífico. Ahí conocí personalmente el frente del carbón subterráneo que estaba bajo el mar. En sus cuevas caían gotas líquidas que creí escurrimientos de agua marina. Sin decir nada recogí unas gotas en la mano y lamí –su sabor era dulce y provenía de las mapas de agua debajo de los suelos marítimos–. Faltaba el aire en el frente minero, desde la bocamina en la playa soplaban enormes fuelles como órganos músicos pero su ruido era inorgánico. Salí temblando, subido en una olla de hierro: el ascensor oscilaba, golpeando los muros circulares del hoyo y tuve por vez primera la experiencia de la muerte después de estar en el infierno.

Conozco Lota desde niño por razones y sin razones de la familia de mi padre: un tío era el gerente general, otro tío abogado de Lota Schwager, y un tercer tío el administrador de ese parque paradisíaco de Lota que no habitaban los obreros del carbón, sino yo cuando niño jugando entre los árboles a solas. Pasemos a la prosa y a las habitaciones de los mineros del carbón, oscuros, con la casa y las manos renegridas por el polvillo del carbón y ropas miserables de color desvaído, con grandes manchas negras y anchas barras negras también como barrotes. Más pequeños que grandes, muchos jóvenes muy avejentados por el trabajo bajo la tierra más abajo del mar sin divisar el cielo blanco que se vuelve dorado cuando en el mar se pone el sol. Volvamos a la prosa. Muy viejos llegan a las casas cuando tienen familia, regresan de noche si trabajan en el día, si trabajan de noche la madrugada casi los ciega; para la mayoría la casa es dormitorio colectivo en barracas yermas aunque pobladas por las camas calientes –es decir ocupadas día y noche por turnos de mineros nocturnos reemplazados sin tregua por mineros de día–. Esto durante un siglo más o menos.

Don Luis Cousiño, don Matías Cousiño, la señora, antes la conocida señorita Violeta Cousiño, la de muchos amores y amoríos. Grandes señores, grandes señoritas bellas y elegantes, vestidos a la moda de París, y ellos con hábitos de Londres; sus zapatos y zapatillas relucientes de charol, como si caminaran en el cielo. Su cielo estaba en las Europas, donde eran propietarios de mansiones, palacios que en París son llamados «Hotel particulier». La calle donde estaba el de

París se llama Lota, por gestiones de Luis Cousiño ante el Hotel de Ville Municipal de esta ciudad llamada Luz. ¡Vida feliz (en apariencia al menos) de los Cousiño! Alimentada o recubierta por los mantos –de armiño para ellos– carboníferos, negros, tejidos en el frente del carbón por los obreros del frente de carbón, amenazados por el gas grisú. Creían ser aristocráticos estos Cousiño llegados al país austral de zona portuguesa o galaica de España, no a la conquista trabajosa y guerrera de la región de Araucanía, sino tardíamente «a hacer la América». Negociantes y mercaderes equivalentes a la gran burguesía de Europa o digamos a la gran burguesía semi-industrial, pero formando parte de Chile de una proto-burguesía media arcaica con nostalgias (falsificadas) de nobleza... En Chile desde su palacio Cousiño de Santiago usaban mayoresales de carbón y capataces de jauría para amansar mineros negros, pequeñitos (había también niños en el trabajo de la minería; niños que no jugaban en el parque de Lota).

La casa de huéspedes en Lota estaba reservada para los finos y elegantes amigos de los dueños, con grandes comedores y mozos de etiqueta, salones amplios amoblados a la inglesa y céspedes cuidados y manicurados por jardineros con tijeras; los dormitorios eran vastos, con cortinas de seda.

Ahí dormí una vez en cama muelle y ancha, como de matrimonio, y dormí como un ángel asexuado; era niño. Una mucama toda almidonada me llevó, en la bandeja de plqué un desayuno refinado pero abundante, estilo que yo imaginaba inglés, con huevos fritos y tocino. Me sentí grande en un hotel de Europa (no conocía Europa sino por libros y conversaciones de los amigos de mis padres). En saloncito contiguo al dormitorio, sobre una mesa pequeña había una revista del papel satinado, en inglés, ejemplar de diciembre –estaba en vacaciones de enero en verano– con unas fotografías en colores sobre las Pascuas navideñas y los castillos medievales en los que niños rubios celebraban las Pascuas de Navidad rodeados de juguetes mecánicos brillantes (parecían de plata) y rubios osos de peluche suave junto a muñecas de trajes folklóricos de grandes ojos claros bien abiertos. Estuve hojeándola feliz, por un buen rato. Llegó mi padre que alojaba en otra habitación, vestido y afeitado. Yo estaba todavía con pijama. Me apresuré en vestirme, después de estar un largo rato en la sala de baño más suntuosa que había conocido.

Mineros del carbón desde mucho antes, las seis de la mañana, abandonaron sus casuchas y galpones, mientras llegaban los mineros del carbón de la noche a sus camas calientes, miserables.

En el parque de Lota y cercano a su entrada había una pequeña casa como las de juguete, pero en tamaño para adultos, en la cual se vendía a precio de fábrica loza de Lota. Nunca supe dónde estaba esa fá-





brica, supongo en Lota mismo, con operarias que serían las mujeres de los mineros del carbón. Lo imaginaba así porque eran cosas para la casa, unos servicios de té, platos para comida y postre, también los ceniceros que en su fondo decían: Lota, palabra que en toda la vajilla doméstica de loza se inscribía en el dorso para que la madera de la mesa pudiese leer esta marca de fábrica. Era un negocio semi-artesanal, entiendo, propio de la misma compañía. Pretendía, tal vez, humanizar el trabajo violento de la industria terrible del carbón, con vajilla doméstica de loza, pobre pero pintada, no tan pobre, digamos de «clase media», sin afán artístico salvo uno más o menos mediocre, para comedor o saloncito que en su pared exhibe un cuadro inspirado en Pacheco Altamirano, «famoso» entonces en el medio de medio pelo. Había candelabros de loza, erguidos, pretenciosos, salomónicos.

Esa palabra, Lota, representaba algo final, definitivo, quizás fatal; también había podido ser el nombre de una Parca o de una prostituta en las leyendas del folklore o incluso una mujer malvada en un mito agresivo del inconciente colectivo.

Y la palabra loza me parecía su disfraz.

Eran miles de obreros cesantes del presente, junto a los muertos obreros del pasado que rondaban aún por túneles y bocaminas del manto carbonífero y las calles roídas y raídas del pueblo Lota, roto desde su nacimiento por el aire salino y la miseria popular.

Una gran cantidad de estos últimos mineros con el tiempo llegaron a amar la mina submarina. Para hacer un trabajo bien hecho hay que amar ese trabajo, y el amor se transfiere a la materia que se trabaja, carbón en este caso. En realidad esos amores son naturales, casi tanto como el amor a su mujer, a los hijos y a los padres ancianos. Todo amor comienza por afecto a la vida que se tiene, a los miembros del propio cuerpo. Como a sí mismo, dice la Biblia, hay que amar a los prójimos. Amarse no es pecado ni rareza, es amor a la vida que uno tiene. El cuerpo con que se trabaja, por ejemplo, el carbón, tiene que amar esa materia para que sea bien hecha la obra que se hace.

Pues bien, o muy mal, llegó un minuto cuando aquellos que mandan y nunca habían trabajado ese carbón con sus cuerpos, aunque miraban desde sus oficinas los papeles, informes y cuadros estadísticos, decidieron que ya no había lucro (porque es su dios el lucro) en el trabajo del carbón, y por lo tanto (las estadísticas son las servidoras de su dios, y el raciocinio «lógico» e inhumano su sacerdote principal) cerraron para siempre en Lota la mina de carbón. La depresión económica y la terrible depresión psicológica se instalaron hasta hoy en Lota, deshaciendo el amor.

Catástrofe social, humana, familiar, del cierre de la mina. La cesantía, cuyas piedras golpeadas por el pie siguen siendo las mismas

piedras inorgánicas. Los días con sus noches se alargan hacia el horizonte por las calles sin nombre, sin hogares, sin gente sino sombras tanto de día cuanto en la oscuridad que borra las siluetas. ¡Los problemas en casa, los sin casas en problemas de vida y muerte! Los aburrimientos cuyos lapsos contienen vacíos infinitos. El recuerdo y los sueños en el sueño, dormidos y despiertos con la mina, los túneles, los ascensores, el frente del carbón cerrado para siempre por el grisú de cesantía perpetua, sin trabajo ni salario ni cuerpos de mineros laborando el carbón. De ser amado se volvió enemigo. Birlaron el amor de los mineros aquellos que materialistas mecanicistas pero abstractos, barajan números en escritorios de oficina, o, los obesos capitalistas que deciden en sobremesa de su cena, mientras sorben café y hacen humear habanos (reconozco que esta última imagen es un cliché, pero en la realidad hay unos políticos delgados y nerviosos que fuman puros y hay capitalistas gruesos y con barbas que fuman sus cigarros después de merendar con los primeros), el cierre de las minas de carbón.

Ofrecieron especializaciones alternativas a los cesantes del carbón. Fue trampa.

Y en Lota está la muchedumbre de los mineros despedidos por cierre de la mina, enfrente, no al frente del carbón, de la agonía y muerte negra. La preceden hoy las depresiones.

¿Qué fue, en definitiva, Lota para nosotros y para los mineros del carbón? ¿Lucha de clases, expresión maldita? Desde que reina en todo el mundo y Chile mismo la ideología totalizadora neo-capitalista neo-liberal, esa expresión, nos dicen, ya no se puede utilizar.

Contra lo que se cree, esa expresión no la inventaron Marx y Engels en el Manifiesto comunista de 1848. La tomaron de libros del liberal capitalista Quizot, historiador, ministro varias veces, primer ministro, de gabinetes de gobierno en la Monarquía Constitucional de Luis Felipe de Orleans, el rey de los franceses (observen, no de Francia solamente sino «de los franceses») entre 1830 y 1848. Quizot no era y no es un maldito para el capitalismo; muy por el contrario, reunió comerciantes e industriales y empresarios además de banqueros, y les dijo exhortándolos, una frase famosa en los anales del protestante Kapital: «¡Enriqueceos!» Pero asimismo compuso por vez primera otra frase famosa (no en los mismos anales, salvo en un son de crítica): hay lucha de clases.

Como sea (yo sé cómo es) la Odisea y la Ilíada, la gesta en Chile de la minería, y del carbón del cual hablamos, como en salitre y cobre, etcétera, etcétera, no pueden explicarse bien sino por el contraste del minero con los dueños, debido a cierta frase «mala», dicen quienes ignoran la historia de Francia y, agregaría, la del capitalismo, la de Chile: lucha de clases. Y Lota es sitio suyo, y fue asaltado. 🐘

# Conversaciones con Isaiah Berlin

Ramin Jahanbegloo

EL PENSADOR POLÍTICO RUSO-BRITÁNICO CONVERSÓ CON EL FILÓSOFO IRANÍ JAHANBEGLOO ENTRE 1988 Y 1990, CUANDO BORDEABA LOS 80 AÑOS. EL RESULTADO DE ESAS LARGAS ENTREVISTAS CONSTA EN ESTE LIBRO, EDITADO POR ARCADIA, EN EL QUE HABLA INTENSAMENTE DE HISTORIA, DE TEORÍA POLÍTICA Y DE LITERATURA, DE LOS CREADORES DE GRANDES IDEAS EN OCCIDENTE Y DE LOS HOMBRES QUE EJECUTARON EL SIGLO XX. AQUÍ SE REFIERE AL NACIMIENTO DE LA POLÍTICA MODERNA CON MAQUIAVELO Y AL PENSAMIENTO PLURAL QUE LE INTERESÓ TODA SU VIDA.



**RJ** ¿Qué tipo de pensador es Maquiavelo?

**IB** Considero a Maquiavelo un pensador dualista. Pero una vez que se tienen dos posibilidades igualmente válidas, se pueden tener más. Si puede haber dos respuestas igualmente “válidas” a la misma pregunta, bien podría haber más.

**RJ** Pero al final de su ensayo sobre Maquiavelo habla de él como pensador pluralista.

**IB** Fue más dualista que pluralista, pero lo importante es que rompió la tradición monista. Mientras que Maquiavelo es el primer dualista ético moderno, los primeros dualistas verdaderos fueron ciertos griegos del siglo IV a.C. Los más grandes filósofos fueron monistas. En la *Política* leemos que para Aristóteles, como para Pericles –según refiere Tucídides–, el hombre está naturalmente envuelto en la vida de la polis. Pericles concede que a ciertos individuos la vida de la polis no les interesa; se los llama *idiotai*. Han optado por apartarse, por estar fuera de la sociedad, viven a su modo, no están exactamente locos pero algo les falta, están alienados de la vida normal de los hombres. Para los atenienses del período clásico, así como para los espartanos o los tebanos, participar en la vida social de la polis es una función natural del hombre. Platón piensa del mismo modo cuando habla de la sociedad deseable. En *La república* y las *Leyes*, Sócrates, crítico con la Atenas de su tiempo, es no obstante un buen ciudadano. Tiene un excelente historial de guerra. Aunque algunos de sus discípulos se vuelvan individualistas, él no lo es. Aristóteles describe varios tipos de ciudades: democráticas, oligárquicas, etc. Pero sean del tipo que sean –hasta en las ciudades “malas”– todos los habitantes están naturalmente involucrados. Esto ya no ocurre con los estoicos y los epicúreos, ni antes de ellos con Diógenes y los cínicos. Los estoicos declaran que uno puede participar en la política, pero que no debe importarle; hazlo si quieres o no lo hagas: no es esto lo que tiene verdadera importancia. Epicuro aconseja no participar en la vida política. Lo que importa es la salvación personal; de la política mantente fuera. (...)

**RJ** ¿Considera que Platón fue el primer monista?

**IB** Hasta donde sabemos, sí. No hay mucha escritura política coherente anterior a Platón. Cabe suponer que los sofistas eran monistas, pero ¿qué sabemos de su pensamiento político más allá de lo que cuentan sus oponentes? Platón es el primer monista sistemático coherente. También lo son los autores de la Biblia. Maquiavelo me parece el primero que señala un conflicto de valores reales. Para él se puede elegir entre ser romano o cristiano, romano estoico o cristiano y mártir, o al menos víctima de los que detentan el poder. Por

eso pienso que iba contra la corriente aunque no creo que lo supiera, no era un teórico. Escribía sobre el Estado y la política y sobre cómo gobernar con éxito una república o un principado. Si sus ideas resultaron chocantes no fue sólo porque preconizara medios malignos para obtener ese fin –otros también lo habían hecho–, sino porque socavaba la idea misma del Estado cristiano.

**RJ** Si interpreta a Maquiavelo como pensador “contra la corriente”, usted se enfrenta en cierto modo a la opinión popular, que lo ve como un “pensador del poder y el Estado”.

**IB** No, porque pocos intérpretes de Maquiavelo han hablado de su visión general de los modos posibles de vivir –un aspecto de su pensamiento al cual él tampoco prestó gran atención. Según la interpretación más extendida, Maquiavelo dijo que si uno quiere un Estado estable y poderoso debe actuar de esta manera y de esta otra; mantener a la gente en la pobreza, por ejemplo, no vacilar en cometer crímenes y cosas por el estilo. Pero no señala el hecho de que, fundamentalmente, para Maquiavelo esto es incompatible con la vida de los cristianos. No niega, claro, que la vida cristiana es la mejor; pero si uno la vive como se la entiende en general –con humildad, libre de toda ambición mundana– debe prepararse para ser ignorado, oprimido, humillado, hundido. El no aconseja evitarlo. Sus consejos están dirigidos a los príncipes o estadistas republicanos. De hecho da a entender que no está escribiendo para los cristianos. Sobre la moral de los Evangelios no puede construirse con éxito un Estado poderoso. Tal vez otros hayan creído lo mismo, pero no lo dijeron.

**RJ** ¿Le parece Maquiavelo un pensador ético?

**IB** Sí, es un pensador ético aunque no le interese la moral de la vida privada. Yo creo que la teoría política no es sino la ética aplicada a la sociedad, a los asuntos públicos, a las relaciones de poder, nada más que eso. Algunos opinan que la teoría política trata simplemente de la naturaleza del poder; yo no. Creo que trata de los fines de la vida, de los valores, de las metas de la existencia social, de aquello por lo cual viven y deberían vivir los miembros de la sociedad, de lo bueno y lo malo, lo correcto y lo erróneo. El análisis neutral de los hechos de la vida pública es del dominio de la sociología o las ciencias políticas, no de la teoría o la filosofía política.

**RJ** En ese sentido debe sentirse muy cerca de un pensador como Kant.

**IB** Sí. E incluso de Hegel, diría, no muy cerca pero tampoco muy lejos. La idea que Hegel tiene del Estado se basa en lo que llama *Sittlichkeit*: un sistema o desarrollo creciente de relaciones mutuas en-

tre hombres, del cual el Estado es una forma posible. Su noción de Estado racional se basa en ideas de lo que los hombres son, pueden y deberían ser. Es claro que esto se opone a la ética liberal o individualista, la ética de las relaciones personales independientes de la actividad pública, o de la *vita contemplativa*. No es la noción de Pascal, quien dijo: “Toda la infelicidad de los hombres proviene de una sola cosa, que no es saber quedarse quietos en una habitación”. Pero la diferencia es una diferencia ética. Pascal no habla ni pretende estar hablando del Estado. Por el contrario, la filosofía moral de Hegel es indiscernible de su filosofía política. Pero hay quienes sostienen que la filosofía moral es una cosa y la filosofía política otra. Es lo que Croce y otros dicen de Maquiavelo. Dicen que no le interesaba la ética, que es amoral porque lo único que le preocupa es cómo mantener un Estado eficiente, que separe la política de la ética. Yo creo que se equivocan. Maquiavelo no separa la política de la ética; sólo la separa de la ética cristiana. Es un pensador ético, piensa en los fines de la vida. Quiere saber qué deben buscar los hombres. Quiere que los italianos vuelvan a los ideales y prácticas de Roma. Quiere que la gente sea vigorosa y patriótica, cree en la *virtù*, que es lo contrario del *ozio*, la lasitud. *Virtù* significa vigor, vitalidad, capacidad de soportar estoicamente el sufrimiento, fortaleza de propósito, audacia, ambición, deseo de adquirir poder y mantenerlo; pide ciudadanos enérgicos, patrióticos, conducidos por gobernantes fuertes y astutos, concentrados en el poder. Este es un ideal ético, cívico, humanista, sí, pero ni liberal ni democrático, tan distinto del de John Stuart Mill como del de Michelet, del de Maestre como del de Tolstói, aunque basado en valores éticos. Sospecho que Maquiavelo habría admirado a estadistas como Bismarck, Kemal y De Gaulle.

**RJ** ¿Le parece que podemos hablar de dos Maquiavelos, el de *El Príncipe* y el de los *Discursos*? ¿Es decir, un Maquiavelo autoritario y otro republicano?

**IB** No. Maquiavelo es republicano, aunque piensa que, si no se puede tener una república, mejor es tener un buen principado que una república blanda, ineficaz, débil, incompetente. Pero lo que quiere, por supuesto, es una república. Por ser republicano lo castigaron los Médici. Y él nunca dijo que se arrepintiera. La carta que envió a los Médici buscando recuperar su favor nace del deseo de volver a la vida pública, la única vida en que creía. Quería un Estado vigoroso y consideraba que el mejor Estado era una república fuerte que, además, proporcionaba una visión justa de los ciudadanos. Pero si no podía haber una república bastaba con un principado porque lo importante era no ser aplastado por otro, por enemigos poderosos, por depredadores. La vida pública, pensaba Maquiavelo, puede ser una jungla: los leones y los zorros tienen más probabilidades de sobrevivir que los conejos.

**RJ** Pero a mí me parece que, cuando habla de la república, Maquiavelo se acerca mucho a Cicerón.

**IB** Hasta cierto punto. No es un demócrata. Por república entiende un Estado vigoroso conducido en beneficio de los ciudadanos. Claro que no quiere que se humille ni se aplaste al pueblo. Los gobernantes deben ser a un tiempo leones y zorros, fuertes y nada ingenuos; es un consejo práctico y pragmático. De modo que de Filipo de Macedonia dice que guiaba a los pueblos como si fueran rebaños, lo cual no es cristiano, ni siquiera humano, pero uno está forzado a hacerlo si quiere construir un poderoso imperio macedonio. Los inflexibles Filipo y Alejandro son preferibles a las débiles democracias griegas. (...) Si aboga por una república fuerte es porque considera que la fuerza, el orgullo, la gloria, el triunfo de ésta son deseables. Su visión sólo es incompatible con la moral cristiana de la sumisión.

**RJ** ¿En qué sentido entonces es un pensador moderno?

**IB** Bien, fue el primero en comprender que hay más de un sistema público de valores. También fue el primero que examinó las relaciones internacionales. Quería que el mundo público en que vivía fuera el mejor de todos. Y preguntó “¿Quién a quién?”, mucho antes que Lenin.

(...)

**RJ** ¿Por qué es la democracia preferible a cualquier otra clase de régimen?

**IB** Porque se basa en la creencia de los derechos humanos. Si usted me pregunta por qué creo en los derechos humanos, puedo decirle que porque es la única forma decente –e incluso tolerable– de que los humanos vivan juntos; y si me pregunta qué significa “decente”, puedo decirle que es el único tipo de vida que los humanos deben seguir si no quieren destruirse unos a otros. Estas verdades son generales, pero no san por sentado algo inalterable. No puedo garantizar que nada vaya a sufrir cambios.

**RJ** Pero cuando habla de derechos humanos, habla de derechos naturales, que son un a priori.

**IB** Por supuesto, por eso los niego. Lo que niego son las listas a priori de derechos naturales. Creo apasionadamente en los derechos humanos; esto deriva de muchas otras cosas que aceptamos todos, no es demostrable a priori. Por supuesto, no niego que existan principios generales de conducta y actividad humana sin los cuales no puede haber una sociedad mínimamente decente. Pero si me dicen que un día tendremos una cultura diferente, no tengo manera de probar lo contrario.

**RJ** Por tanto, piensa que no existe “razón perfecta” alguna a la que la filosofía política pueda acceder.

**IB** Creo que no existe nada que pueda llamarse conocimiento, intuición o inspección empírica de principios eternos. Sólo existen creencias humanas universales. 🐉



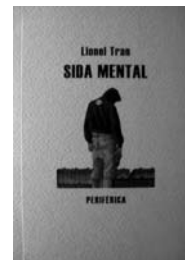
Paula Dittborn | Sin título IV (detalle)



# Sida mental

Lionel Tran

ESCRIBIR LAS COSAS QUE LE DABAN MÁS VERGÜENZA, LAS MÁS REPULSIVAS Y ATERRADORAS: DESPUÉS DE SIETE AÑOS, EL FRANCÉS LIONEL TRAN (1971) TERMINÓ ESTE LIBRO AUTOBIOGRÁFICO QUE RESULTÓ SER UNA REVELACIÓN: “CÉLINE REESCRIBIENDO *Los cuatrocientos golpes* DE TRUFFAUT”, DIJO LA PRENSA. TRAN, QUE DIRIGE UNA EDITORIAL “SOCIALMENTE REVULSIVA”, TERRENOIRE, Y ES GUIONISTA DE CÓMIC, DICE QUE LE SALIÓ A SU PESAR —QUERÍA FICCIÓN Y NO PUDO—, PARA NO VOLVERSE LOCO, CON LA VIOLENCIA PSÍQUICA Y FÍSICA DEL ADOLESCENTE QUE IMAGINA QUE MATA A TODAS LAS PERSONAS QUE SE LE CRUZAN POR LA CALLE. ESTOS SON ALGUNOS FRAGMENTOS DEL LIBRO; EN LA PÁGINA SIGUIENTE, ANDREA KOTTOW ENTREGA SU LECTURA.



1979

En enciclopedia de la Segunda Guerra Mundial, volúmenes III y IV. Imágenes de ejecuciones. Imágenes de deportados. Imágenes de cuerpos masacrados por las bombas. Imágenes de heridos cubiertos de vendajes. Imágenes de éxodos. Imágenes de niños desplazados. Imágenes de mujeres llevando maletas enormes.

No consigo apartar la mirada de las fotos de los heridos que sangran, abandonados al borde de la carretera. No consigo apartar la mirada de las imágenes de los cadáveres carbonizados que tienden la mano, entre los edificios destripados, y a los que nadie viene a ayudar.

1976

La muñeca que me regalaron por Navidad es el bebé y yo soy la mamá. Le corto el pelo con el cuchillo que he cogido de la cocina. Cae en pequeños montones sobre el linóleo. Me los escondo en los calzoncillos y quemo los que aún salen por encima de la cabeza de plástico. Las pestañas también se queman. Ahora no se le cierran los ojos cuando la pongo boca abajo. la sacuda hasta que me duele el brazo. El bebé ha sido malo. Tengo que castigarlo. Le meto una aguja de punta por su cosita. Le doy con la aguja en el culo. La voz falsa que hay en el interior de la muñeca llora cuando la tiro contra la pared. Voy al balcón y la tiro a la calle. Explota en el suelo. Se ha desprendido la cabeza y uno de los brazos ha caído en la carretera. Le pasa un coche por encima. Una mamá verdadera le grita a su hija, que ha recogido mi muñeca. Le da una bofetada y le dice que está loca. Un gran perro flaco viene a olisquear la cabeza de mi muñeca y la coge con la boca. Se la lleva al arenero lleno de cagadas. Un caniche pequeño se le acerca ladrando. Se huelen los traseros. Mi mamá vuelve del supermercado con bolsas de plástico llenas. Está enfadada. Me duele un poco la guata. Debajo del bloque mamá encuentra la muñeca rota. Tiene ojos de mala. Entonces tengo miedo, me hago pipí en los calzoncillos. Me doy prisa. Cojo una silla para echar la llave. Escucho los pasos de mamá por el pasillo. Anda rápido. Está muy enfadada. Escucho el ruido de su respiración tras la puerta. La llave gira en la cerradura. La puerta no se abre. Da patadas y puñetazos a la puerta. Tengo las manos en los oídos para no escucharla gritar. “¡Abre! ¡Abre la puerta inmediatamente!” Estoy llorando. Los mocos me llegan hasta la boca. Me duele el pajarito, mojado.

1979

Los nazis hicieron con los deportados lo mismo que yo con los insectos.

(...)

1986

Empiezo a tener miedo de mí, miedo de mis apetitos, miedo de la violencia que siento acechar en el fondo.

Empiezo a hablar con gente, a contar las cosas horribles de las que me acuerdo, las cosas que he sufrido, las cosas que he hecho.

1985

Un viejo Diane con las cuatro ruedas pinchadas. No ha cambiado de sitio desde principio de año. Una noche, Eddy y yo abrimos la puerta de delante y nos metemos. No miramos siquiera, cogemos todo lo que está a mano. Al volver a su casa estamos tan nerviosos que no conseguimos meter la llave en la cerradura. Colocamos el botín sobre su cama: mapas de carretera, bombillas de recambio, un par de guantes, un gato.

Al ver que si tenemos cuidado no hay peligro vuelveos a empezar y empezamos a cogerle gusto. No pasa una semana sin que volvamos. Poco a poco, nos ponemos a peinar el barrio por las noches en busca de coches que se hayan quedado abiertos. Sacamos a Lasciva, la perra de Eddy, entre la una y media y las dos. Antes aún hay gente que regresa casa, después patrullas. Durante ese breve lapso de tiempo no hay ni un coche. Ni un alma por la calle. Ni una ventana con luz. Subimos las calles en un sentido para localizar los coches que no tienen el seguro echado, después hago guardia mientras él los inspecciona. A veces vamos incluso varias veces por semana. es la aventura, tenemos la sensación de ser libres. Pasada una cierta hora las calles son nuestras. Es nuestro secreto. No se lo decimos a nadie. No robamos nada importante. Una vez pasamos una hora intentando arrancar una radio del panel de una furgoneta. Lo dejamos.

Los sábados por la tarde damos vueltas por el centro. En los estantes de la FNAC colocamos disquetes con juegos pirateados. Les miramos las tetas a las chicas. Eddy tiene el pelo largo, lo que le esconde los ojos, la piel blanca y los ojos cansados. Lleva un pantalón de camuflaje desgastado de la armada alemana que le proporciona un andar blando, flotante. Yo tengo el pelo casi largo y graso, granos sobre la frente y una cazadora vaquera salpicada de calaveras de metal.

Vive con su madre en el último piso de un bloque con la escalera a punto de caerse. En el salón hay objetos traídos de viajes, libros de Françoise Dolto, arte africano, enciclopedias. En las paredes hay tapices. La tele está disimulada bajo un pañuelo indio. Una escalera sube a la buhardilla donde duerme su madre. La habitación de Eddy está debajo. Tiene una jaula de hámster. Un día coge un ratón. Lo tortura con una aguja al rojo vivo. Me río. Eddy posee un ordenador, un Commodore 64 que enchufa en la tele. Los juegos son simples. Bombardeamos ciudades extraterrestres. Liberamos prisioneros de

guerra americanos en Vietnam. Damos clases de F1. Escuchamos a Metallica. Me lee con frecuencia las cartas de Sandra, una chica con la que salió cuando tenías diez años. “Mi gran amor, pienso en ti escuchando la cinta de la Boum cuando estoy sola en mi cuarto. te envío un trozo del tapiz que hay encima de mi cama para que te acuerdes de mí. Sandra. P.D.; ¿Tienes la cinta de la Boum? Si no, te la puedo grabar”. Nos reímos. En el colegio le cuenta a todo el mundo que ella se unta el coño con pasta de dientes para que le crezca el pelo más

rápido. Al principio de la noche nos comemos una pizza congelada y abrimos un litro de 33 Export delante de la tele. Hacemos zapping buscando mujeres excitantes. Somos particularmente exigentes. Las dividimos en cuatro categorías; buenas, buenorras, follables y para matarlas. Su madre pasa a nuestro lado sólo para regar las plantas o para coger el *Télérama*. Se pelean por los estudios. El tono sube, pero ella permanece tranquila. Después nos ofrece un vaso de zumo de naranja. Que esté ahí o no, no cambia nada en nuestra actitud. 🐼

**A**ndrea Kottow (1975) es profesora asociada del Instituto de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y autora del libro *Der kranke Mann. Medizin und Literatur um 1900* (El hombre enfermo. Medicina y literatura alrededor del 1900), Campus Verlag, 2006.

• FICHA  
*Sida mental*  
Lionel Tran  
PERIFÉRICA  
Traducción de Laura Salas Rodríguez,  
155 páginas

## Mutaciones virulentas

Andrea Kottow

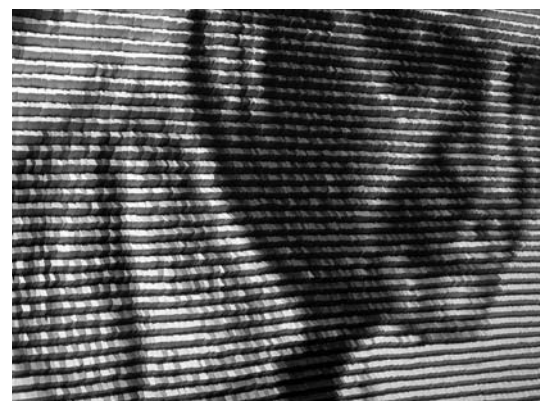
Hay textos cuya fuerza proviene de su crueldad. *Sida mental* del Lionel Tran, autor francés nacido en 1971 y crecido en la *banlieu* en la región de Lyon, sin duda, pertenece a este tipo de obras. Es la crudeza de las descripciones, la limpidez casi dolorosa de las imágenes y la falta de sentimentalismo del lenguaje lo que produce una fascinación mórbida por estas notas de diario que recorren desde el nacimiento de quien escribe hasta los primeros atisbos de la edad adulta. Cronológicamente desordenadas, las anotaciones fechadas tan sólo con el año irán trazando las coordenadas de una niñez y juventud transcurridas en las afueras de una gran ciudad, donde el aburrimiento tiende a confundirse con el apremio existencial y donde las ocurrencias para aplacar el tedio vital desembocan en acciones de violenta (auto) destrucción. El lector asistirá a una escena en la que cuatro niños intentan sacarle sangre a una raya encontrada en la playa, enterrándole con creciente desesperación una vara metálica por la boca. Acompañamos al narrador en sus primeras acciones masturbatorias, en las que la insatisfacción y la ansiedad inexperimentada lo llevan a fregar-se con tal presión contra las sábanas de su cama que su sexo sangra y se llena de heridas y costras. Leemos acerca de un juego de naipes de adolescentes en que cada palo implica otra tortura que es aplicada despiadadamente por los pares: el ganador será quien se muestre menos vulnerable y más duro, tanto en recibir los golpes y soportar las dolencias físicas como en aplicarlas a los otros jugadores.

Algunas notas que el narrador realiza dibujan escenas, pequeñas historias relatadas con una distancia que convierte al sujeto escritural y existencial simultáneamente en su objeto de observación. Otras anotaciones consisten tan sólo en una frase, una sensación o impresión, tan breves como eficaces en el efecto que producen en el lector. En 1985, el adolescente de catorce años anota: “Me pregunto si sentiría algo al matar a un ser humano”. Diez años después escribe: “Mato a gente en mi cabeza”. El tema de la muerte, tanto del morir como del matar, se encuentra convocado desde el título de este pequeño, pero feroz libro: *Sida mental*. Casi al finalizar la obra, el nombre del texto devela su origen, proveniente de una nota que publica un editorialista, describiendo la generación a la cual el joven narrador pertenece y que éste cita sin comentarios: “Es una juventud que padece sida mental. Ha perdido su inmunidad natural. Todos los virus degenerativos la afectan.”

Como bien acentuara Susan Sontag en su ensayo dedicado al Sida y sus metáforas, esta enfermedad no se presta para victimizar a quien la contrae. Más bien todo lo contrario: el Sida culpa a quien lo padece, en el mejor de los casos, de irresponsable, en el peor, de degenerado, desviado o asocial. Esta misma fuerza performativa de la palabra

y metáfora del Sida hicieron de este síndrome una plataforma idónea para convertirlo en el soporte de proyectos alternativos y subversivos. El Sida implica poner en juego la imagen del virus, de lo viral y virulento. Todos los virus, sean éstos del ámbito de la infección biológica, del espacio computacional o del mundo metafórico comparten ciertas características: se anidan en forma desapercibida en el organismo, recodificando los sistemas de funcionamiento ajenos al utilizarlos para sus propios fines y pudiendo subvertir de este modo relaciones de poder asimétricas. Los virus mutan, logrando así burlar muchas veces exitosamente las medidas dirigidas a combatirlos. Al transformar el organismo que habitan, marcan un principio y orden con una lógica y reglas propias. Los virus son entes de un estatus poco claro, ni vivos ni inertes. Es esta “anarquía”, la que hace tan difícil combatir el virus y la que, por otro lado, llama a utilizar su simbología para revolucionar sistemas de ordenación establecidos.

El narrador de *Sida mental* se aboca a esta apropiación de signos contrarios de la metáfora del virus. La implícita acusación del periodista señala una generación que se enferma de todo por carecer del aparato protector que la pudiese defender frente a las amenazas patológicas. Se hace así potencial y vulnerable receptáculo de todos los males que acechan. ¿Cuál es el gesto que realiza el autor al identificar su propia escritura con la enfermedad del Sida? El texto se vuelve literalmente virulento, amenazando con desestabilizar el orden social que lo pretende enfermo. Una generación estigmatizada de mórbida muestra al mundo que es él quien la ha enfermado, incluyendo una crítica implícita a la generación de los padres, aquella que creyó en la liberación social y política propagada por el 68, olvidando resguardar esa misma libertad a los propios hijos. ¿Qué es lo queda? Dejemos que el narrador nos responda: “Un sabor amargo en la boca. Un pronunciado sabor a mierda.” 🐼

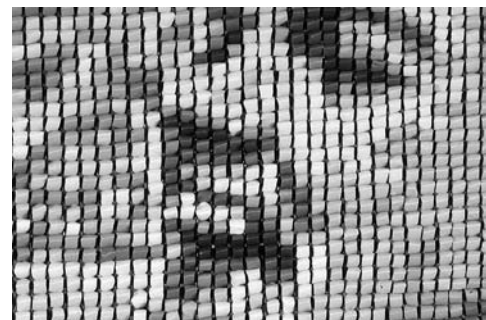


Paula Dittborn | El chico es culpable

Este ensayo de Stevenson toma su título de una frase de Horacio, “pulvis et umbra sumus”, somos polvo y sombra, y fue uno de los favoritos de Borges. Traducción de Marcela Fuentealba

# Pulvis et umbra

Robert Louis Stevenson



Paula Driborn | Sin título III | Foto Andrés Figueroa

**E**speramos alguna recompensa por nuestros esfuerzos y nos desilusionamos: ni el éxito, ni la felicidad, ni siquiera la conciencia tranquila, premian nuestros ineficaces intentos por hacer las cosas bien. Nuestras flaquezas son invencibles; nuestras virtudes, estériles; la batalla contra nosotros se vuelve más dura a la caída del sol. El moralista hipócrita nos enseña lo correcto y el error, pero si miramos un poco alrededor, incluso en la superficie de nuestra pequeña tierra, hallamos que sus categorías cambian con cada clima, que cada país tiene actos que honra como virtudes o y otros catalogados según un vicio. Si observamos nuestra experiencia, no encontramos la congruencia esencial con las leyes más sabias, sino como mucho una coincidencia provinciana. No es extraño que seamos tentados a perder las esperanzas en el bien. Pedimos demasiado. Nuestras religiones y moralidades han sido confeccionadas para halagarnos, hasta ser castradas y sentimentalizadas, sólo nos agradan y debilitan. La verdad es de un linaje más feroz. Ante la cara más dura de la vida, la fe puede leer un evangelio confortante. La raza humana es cosa más antigua que los diez mandamientos, y más antiguos aún son los huesos y las revoluciones del cosmos, en cuyas articulaciones no somos más que musgo y hongos.

**I** Sobre el cosmos, en último trámite, la ciencia informa muchas cosas dudosas y todas ellas aterradoras. Parece no haber sustancia en este sólido globo donde pataleamos; nada más que símbolos y relaciones. Símbolos y relaciones nos conducen, nos mueven hacia adelante y nos abaten; la gravedad que mueve los incommensurables soles y mundos a través del espacio no es más que una ficción que varía inversamente a los cuadrados de las distancias; esos mismos soles y mundos son imponderables figuras de abstracción, NH<sub>3</sub> y H<sub>2</sub>O. El pensamiento no se atreve a morar en esa perspectiva, que abre el camino hacia la locura: la ciencia nos lleva hacia zonas de especulación donde no hay una ciudad habitable para la mente del hombre.

Pero considérese el cosmos desde una creencia más tosca, como la que nos entrega nuestros sentidos. Contemplamos el espacio salpicado con islas rodantes, soles y mundos, pedazos y restos de sistemas; algunos, como el sol, siguen brillando; algunos se pudren, como la tierra; otros, como la luna, se mantienen estables en su soledad. Pensamos que todos ellos están hechos de algo que llamamos materia, una cosa que ningún análisis puede ayudarnos a concebir y cuyas increíbles propiedades ningún acercamiento puede reconciliar con nuestras mentes. Estos materiales, cuando no son purificados por el lustre del fuego, se descomponen sin pulcritud en algo que llamamos vida; sus átomos se ligan entre sí como enfermedad ensañada; se hinchan tumores que se vuelven independientes, e incluso algunas veces (por prodigio horrendo) móviles. Uno se divide en millones, millones se cohesionan en uno; mientras tanto, la enfermedad prosigue sus variadas etapas. Esta putrescencia vital del polvo, así como estamos acostumbrados a ella, algunas veces nos choca en un disgusto ocasional: la profusión de gusanos en un pedazo de césped o el aire de un pantano oscurecido por insectos pueden impedir nuestra res-

piración y hacernos aspirar a lugares más limpios. Pero ningún lugar lo está: las arenas movedizas están plagadas de pulgas; el manantial puro que brota de la montaña es un mero lecho de gusanos; incluso en la roca el cristal se está formando.

Esta erupción cubre la superficie de la tierra en dos formas principales: la animal y la vegetal. Una es en cierto grado lo contrario de la otra; la segunda está enraizada a su sitio, mientras la primera se aleja de su barro natal y se mueve más allá junto a miríadas de pies de insectos, o se eleva a los cielos en las alas de los pájaros. Es algo tan inconcebible que, si se piensa bien, el corazón se paraliza. No tenemos mucha idea sobre cómo pasa el tiempo el parásito anclado, sin duda tendrá sus alegrías y penas, sus deleites y agonías: no lo podemos ver. Pero sobre los seres móviles, entre los cuales nos incluimos, podemos decir más. Ellos comparten con nosotros miles de milagros: el milagro de la vista, del oído, de proyectar sonido, cosas que sirven como puentes en el espacio; el milagro de la memoria y la razón, por el cual se concibe el presente y cuando desaparece permite que su imagen siga viva en el cerebro del hombre y las bestias; el milagro de la reproducción, con sus deseos imperiosos y consecuencias inciertas. Y para poner el último toque sobre esta montaña enorme de lo horroroso y lo inconcebible, todas estas presas están sobrepuestas, sus vidas rompen en pedazos otras vidas, se ceban unas con otras y engordan a través de ese proceso sumario —el vegetariano, la ballena, quizás el árbol, tanto como el león del desierto, porque el vegetariano es sólo el que come lo mudo. Mientras tanto, nuestra isla rodante, cargada con vida predatoria, atragantada con más sangre —animal y vegetal— que ningún barco amotinado, se desliza por el espacio a una velocidad inimaginable y torna alternadamente sus caras hacia la reverberación de un mundo brillante, noventa millones de millas a los lejos.

## II

Qué monstruoso espectro es este hombre, la enfermedad del polvo aglutinado, estirando el pie alternadamente o descansando como drogado por el sopor; mata, alimenta, cultiva, saca pequeñas copias de sí mismo; crece con cabellos como hierba y está provisto de ojos que se mueven y brillan en su rostro. Es una cosa que haría llorar a los niños. Pero si se lo ve desde cerca, conociéndolo como lo conocen sus prójimos, ¡qué sorprendentes son sus atributos! Pobre ser, estar aquí por tan poco, arrojado entre tantas dificultades, lleno de deseos tan desproporcionados y tan inconsistentes, salvajemente rodeado, salvajemente invadido, irremediabilmente condenado a apresar a sus criaturas coterráneas. ¿Quién podría culparlo de no haberse mantenido entero ante su destino y de ser un simple bárbaro? En vez, lo observamos y lo encontramos lleno de virtudes imperfectas: infinitamente infantil, algunas veces admirablemente valiente, algunas veces tiernamente amable; se detiene un rato en su momentánea vida para debatir sobre el bien y el mal y los atributos de lo divino; se levanta para luchar una batalla por un huevo o para morir por una idea; elige a sus amigos y a su pareja con afecto cordial; sale adelante con dolor, emergiendo solícitamente en juventud hacia el sufrimiento. Al llegar al centro de su misterio encontramos en él un pensamiento



extraño, al borde de la demencia: el sentido del deber, el sentido de que hay algo que esperar de él, de su vecino, de su Dios; un ideal de decencia hacia el cual elevarse si le es posible; un límite sobre la vergüenza bajo el cual, si puede lograrlo, no sucumbirá. La horma de la mayoría de los hombres es la igualdad; aquí y allá, en naturalezas escogidas, trasciende a sí misma y se encumbra hacia el otro lado, armando a mártires de la independencia. Pero todos, en diferente grado, guardan ese íntimo pensamiento. Y no sólo el hombre, pues lo encontramos en perros y gatos, a quienes conocemos bastante bien; sin duda un sentido similar de honor domina al elefante, la ostra y el piojo, de quienes sabemos tan poco. Al menos en el hombre gobierna con una imperiosidad tan enorme que incluso los sentimientos egoístas vienen después, incluso en los egoístas. Los apetitos se sufren, los miedos se conquistan, los dolores se soportan; incluso los más perezosos tiemblan por la reprobación de una mirada, aunque sea de un niño; los más cobardes permanecen entre los peligros de la guerra; los más nobles, habiendo pensado rigurosamente un acto como exigencia de su ideal, afrontan y abrazan la muerte. Resulta lo suficientemente extraño que, con su singular origen y su práctica perversa, ellos piensen que van a ser recompensados en alguna vida futura; más extraño aún si están persuadidos de lo contrario y consideran que este golpe, que están pidiendo, los aturdirá sin sentido por la eternidad. Me recordarán qué tragedia de incomprensión y peor conducta muestra el hombre en general: injusticia organizada, violencia cobarde y crimen alevoso. O sobre las imperfecciones condenatorias de los mejores. Pero no pueden ser descritas con tanta oscuridad. Ciertamente el hombre está marcado por el fracaso en sus esfuerzos por hacer el bien. Pero allí donde los mejores se descarrían constantemente, diez veces más notables que ellos son los que seguirán luchando, y con seguridad encontraremos ternura e inspiración al ver que en un terreno donde el éxito se desvanece, nuestra raza no dejará de esforzarse.

Si la primera mirada a esta criatura movediza en su isla rodante hace temblar el coraje de los más valientes, en la observación más cercana nos sorprende con maravillas admirables. No importa dónde busquemos, bajo qué clima lo encontremos, en qué estado de la sociedad, en qué profundidad de ignorancia, agobiado con una moralidad errada; junto a los campos de fuego en Assiniboia, con la nieve golpeando sus hombros, con el viento sacándole la manta, compartiendo su pipa ceremonial mientras espeta opiniones serias como un senador romano; en los barcos de alta mar, endurecido por penas y placeres viles, convierte en su esperanza más brillante oír un violín en una taberna donde una mujerzuela emperifollada se le ofrezca para robarle: sigue siendo simple, inocente, alegre, amable como un niño, constante en la fatiga, valiente para ahogarse por otros. Y en los barrios bajos de las ciudades se mueve entre millones de indiferentes a sus empleos mecánicos, sin esperanza de ningún cambio en el futuro y escaso placer en el presente, pero aún fiel a sus virtudes, honesto a su pensamiento, amable con sus vecinos, tentado quizá en vano por las brillantes licorerías, quizá sumido en el sufrimiento por la esposa borracha que lo arruina. O en India (una mujer esta vez) se arrodilla entre desgarradores lamentos y lágrimas torrenciales mientras ahoga a su hijo en el río sagrado; en el burdel, como basura de la sociedad, subsiste gracias a licores fuertes, alimentada con afrentas. Puede ser un tonto, un ladrón, o amigo de los ladrones, aún así guarda una pizca de honor y un toque de piedad; suele pagar el desprecio del mundo con servidumbre, suele seguir firme en sus escrúpulos y rechaza las riquezas a cierto costo. En todas partes alguna virtud se cultiva o fomenta, en todas partes hay alguna decencia de pensamiento o conducta, en todas partes se levanta el signo de la ineficaz bondad del hombre. ¡Ah, si yo pudiera mostrarles esto! Si pudiera mostrarles a estos hombres y mujeres en todo el mundo, en todas las épocas de

la historia, bajo todos los abusos del mal, bajo todas las circunstancias del fracaso, sin esperanza, sin ayuda, sin agradecimiento, aún luchando sombríamente la batalla perdida de la virtud; aún aferrándose, en el burdel o el patíbulo, a una hilacha de honor, ¡la pobre joya de sus almas! Podrán buscar un escape, aunque no pueden escapar; no se trata de su privilegio o gloria, sino de su destino: están condenados a cierta nobleza. Durante todas sus vidas el deseo del bien les pisa los talones como un cazador implacable.

De todos los meteoros de la tierra, al menos este es el más extraño y el que ofrece mayor consuelo: este lémur ennoblecido, esta burbuja de polvo coronada con cabellos, este heredero de unos pocos años y tristezas, también se negará a sí mismo sus raros deleites, añadiéndolos a sus dolores frecuentes, por vivir de acuerdo a un ideal, aunque sea mal concebido. Tampoco podemos detenernos en el hombre. Una nueva doctrina, hace poco recibida a gritos por los moralistas hipócritas y aún no asimilada en nuestro cuerpo de conocimiento, ilumina un paso más allá hacia el corazón de este duro pero noble universo. Pues actualmente el orgullo del hombre niega en vano su afinidad con el polvo original. Se ha vuelto como una cosa aparte. Cerca de sus talones vemos al perro, príncipe de otro género, y en él también encontramos torpemente atestiguado el mismo culto a un ideal inasible, la misma constancia en el fracaso. ¿Acaba con el perro? Miremos hacia nuestros pies, donde el suelo es ennegrecido por hormigas laboriosas, criaturas tan pequeñas, tan lejanas a nosotros en la jerarquía de las bestias, que escasamente podemos seguir y escasamente podemos comprender sus actos; incluso allí, en su política ordenada y justicia rigurosa, vemos confesada la ley del deber y la prueba del pecado individual. ¿Acaba, entonces, en la hormiga? Más parece que este deseo de hacer el bien y esta condena a la fragilidad atraviesa todos los grados de la vida; parece que esta tierra, desde la gélida cima del Everest hasta el último margen del fuego infernal, es el escenario de virtudes ineficaces y un templo de pías lágrimas y perseverancia. La creación entera gime y se afana al mismo tiempo. Es la ley común y divina de la vida. Los que pacen, muerden, ladran, los abrigos peludos de los campos y bosques, la ardilla en el roble, el ciempiés escondido en la oscuridad, comparten con nosotros el regalo de la vida y por eso comparten también el amor a un ideal: se esfuerzan como nosotros –y como nosotros son tentados de agotarse en la lucha– por hacer el bien; como nosotros, reciben algunas veces recompensas inmerecidas, muestras de apoyo, devolución a su coraje; como nosotros, están condenados a ser crucificados en esta ley doble de los cuerpos y la voluntad. ¿Guardan como nosotros, me pregunto, la tímida esperanza de alguna recompensa, de alguna dulzura ante la falta de salida? ¿Acaso ellos también permanecen aterrados ante las virtudes sin recompensa, ante los sufrimientos de quienes consideramos justos, según nuestro juicio parcial, y ante la prosperidad de los que llamamos malvados a causa de nuestra ceguera? Puede ser, y sepa Dios qué pensarán. Incluso aunque lo pensarán, incluso aunque se arrepintieran, el pie del hombre los amenaza por miles en el polvo, los sabuesos los acechan entre aullidos, las balas vuelan, los cuchillos arden en la cueva del viviseccionista; cuando cae el rocío, la generación de un día es aniquilada. Y si nos comparamos con estas criaturas, nuestra debilidad es fuerza; nuestra ignorancia, sabiduría, y nuestro breve instante una eternidad.

Y mientras moramos, como cosas vivas que somos, en nuestra isla de terror y bajo la mano inminente de la muerte, Dios prohíba que el hombre erecto, el razonador, el sabio ante sus propios ojos, Dios prohíba que sea el hombre el que se canse de hacer el bien, el que desespere del esfuerzo sin recompensa o hable con el lenguaje de la queja. Sea suficiente para su fe que la creación completa gime en fragilidad mortal, luchando con constancia imbatible, y con seguridad no es todo en vano. 🐉

Dos novelas fundamentales de  
**Salman Rushdie**



**RANDOM HOUSE MONDADORI**

**HUEDERS | LIBROS**

México: Sexto Piso, Tumbona, La Cifra, Páramo, QED | España: Periférica, Impedimenta, Nórdica, Gadir, Arcadia, Sequitur | Chile: Bordura | En las mejores librerías, al precio de su país de origen (+ IVA) [hueders@gmail.com](mailto:hueders@gmail.com), [hueders.wordpress.com](http://hueders.wordpress.com)



**Revista H + un libro a elección**  
de *Sexto Piso* o *Periférica*\* **por \$20.000** | RECIBE LA  
REVISTA H Y UN LIBRO EN TU CASA y accede a descuentos  
en los libros Hueders | [Escribe a hueders@gmail.com](mailto:Escribe a hueders@gmail.com)

\*Sujeto a disponibilidad. Se excluyen *Prosa temprana* de Musil y *Memorias de un enfermo de nervios* de Schreber.

**MAGÍSTER  
EN EDICIÓN**  
DIPLOMADO EN EDICIÓN

La Universidad Diego Portales y la  
Universidad Pompeu Fabra de Barcelona  
convocan al Primer Programa de Postgrado  
centrado en la Edición  
de Libros y Revistas.



Información y postulaciones  
Vérgara 240, teléfono 676 2344  
[magister.edicion@udp.cl](mailto:magister.edicion@udp.cl) - [diplo.mado.edicion@udp.cl](mailto:diplo.mado.edicion@udp.cl)

**P·R·O·S·A & POLITICA**

**“Una librería del  
centro mejor que la mejor  
de cualquier barrio”**

**CIENTOS DE NOVEDADES  
MENSUALES DE ESPAÑA EN:**

**Filosofía  
Ciencias Jurídicas y Sociales  
Educación  
Literaturas  
Música  
Psicología \* Psicoanálisis  
Religiones  
Libros para niños**

Valentín Letelier 1376  
esquina de Almirante Gotuzzo  
Tel. 6727681  
[libreria@prosapolitica.cl](mailto:libreria@prosapolitica.cl)

Felipe Cussen (Santiago, 1974) es Doctor en Humanidades de la Universitat Pompeu Fabra y profesor de la Escuela de Literatura Creativa de la Universidad Diego Portales, donde co-dirige la revista *Laboratorio* {www.revistalaboratorio.cl}

• FICHA  
*Del no mundo. Poesía (1961-1973)*  
 Juan Eduardo Cirlot  
 SIRUELA  
 Edición de Clara Janés

# La necesidad interior

Felipe Cussen

Conocemos en Chile a Juan Eduardo Cirlot principalmente por su *Diccionario de símbolos*. Quienes hayan frecuentado ese volumen habrán descubierto, en los pliegues de sus definiciones, una voluntad que sobrepasa la erudición para mostrarse como una vocación por comprender y transformar los elementos ocultos de la realidad. Si han escudriñado un poco más, se habrán encontrado con una figura de intereses diversos, no sólo fascinado por los símbolos, sino también por la mística, las literaturas antiguas, el serialismo, el surrealismo, el informalismo y el cine. Se habrán enfrentado con los ojos transparentes e impenetrables de quien se consideraba un hombre nacido en una época equivocada.

A la hora de conocer su poesía no sorprende la incomprensión que obtuvo durante esas grises décadas de la literatura española. Pero más que idolatrar el carácter casi maldito de su figura, valdría la pena evaluar esa singularidad de espíritu en consonancia con la complejidad de su pensamiento y su escritura. Al igual que Pound, Breton, Lezama Lima, Octavio Paz o Haroldo de Campos, Cirlot no se limitó a coleccionar versos y ensayos sueltos, sino que creó un esquema de relectura que funde la tradición y las vanguardias, un verdadero sistema de correspondencias y ecos de voces lejanas sobre el que imprime su propia biografía. Quizás haya sido el poeta más solitario de su época, pero a la vez el más acompañado por bardos, guerreros y fantasmas.

La posibilidad de recorrer por completo el laberinto de su obra lírica se ha cumplido finalmente gracias a los esfuerzos de Victoria Cirlot, Enrique Granell y Clara Janés, quienes han reunido el ciclo *Bronwyn, En la llama. Poesía (1943-1959)* y *Del no mundo. Poesía (1961-1973)*, respectivamente, ambos editados por Siruela. Estos tres gruesos tomos, compuestos por libros escasamente difundidos y muchos textos dispersos o inéditos, confirman la recurrencia de ciertas obsesiones temáticas y estilísticas de Cirlot. En *Del no mundo*, que abarca la fértil producción de sus últimos años, se retoman algunos ciclos iniciados con anterioridad. Por lo mismo, su editora prefiere un ordenamiento que no es estrictamente cronológico, sino que enfatiza los núcleos de imantación más intensos. Esta decisión resulta particularmente acertada para poner de relieve una de sus características más atractivas: el asedio desde múltiples opciones formales hacia aquella imagen elusiva que desea retratar.

La etiqueta de “inclasificable” que merecería esta constante mutación de tonalidad resulta, sin embargo, discutible. A pesar de la extrañeza que puedan provocar los resultados, las fuentes de todas las técnicas con que experimenta son identificables, como él mismo se encargó de explicitar en sus artículos. En sus “Oraciones a Mitra y Marte”, por ejemplo, insiste en las aliteraciones características de la poesía anglosajona:

infúndeme y refúndeme

MI DIOS, DIAMANTE

día  
 diadema  
 dominante  
 dominador distante  
 deshúndeme, donante

Y varios de sus “44 sonetos de amor” contienen las estructuras reiterativas de una serie de letanías:

Princesa prisionera de la nada,  
 princesa prisionera de la suerte,  
 princesa prisionera de la muerte,  
 princesa del abismo en la mirada.

En algunas imágenes de “Blanco” se reconoce la matriz surrealista: “La puerta está parada en medio de la tempestad. / Los muros transparentes separan las campanas”. Y la influencia del collage se percibe en la fragmentación sintáctica de uno de sus conjuntos más arriesgados, “Donde nada lo nunca ni”: “en instantes distantes / inmensamente nada / ni no”.

Su ejercicio más importante surge de la música dodecafónica y la cábala: la permutación. Practicada ya desde la década de los 50, en este período la profundiza mediante variaciones de textos ajenos (como sus homenajes a Bécquer) y, más particularmente, en la descomposición y combinación de las letras del nombre de Inger Stevens, actriz sueca tempranamente muerta. La evocación da paso a la invocación mediante una nueva lengua:

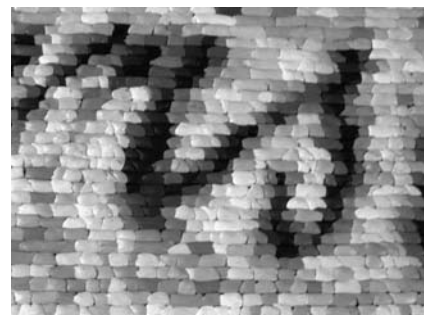
Ingrini rigrin ingerringe  
 ringe ringe

Inirgini genir ingenir  
 nigin nígir

Igne rege rigenerin  
 Inger nin nin  
 in rin  
 in rig nigerig

Este procedimiento, tanto como el despliegue gráfico de las “Variaciones fonovisuales” que le siguen, resultan cercanos a las producciones del lettrismo o la poesía concreta de esos años. Nuestro autor, sin embargo, se aparta de esas tendencias. Su experimentación no nace de un afán por catalogar despersonalizadamente las distintas posibilidades del lenguaje, sino como el modo de lograr una intensa comunión.

Kandinsky planteaba: “Todos los medios son sagrados, si son interiormente necesarios. Todos los medios son sacrílegos si no brotan de la fuente de la necesidad interior”; y Cirlot pareciera haberle hecho caso. No sólo estudió y analizó distintos modelos; los comprendió y vivió como experiencia. La destrucción del lenguaje se convierte, así, en una forma de descubrimiento, de liberación de lo que las palabras guardan, para hacer calzar su ritmo con todo el espectro de la realidad. Como indica en sus apuntes: “A los que digan que poesía es sólo escritura, les diré que el universo es una escritura. Las constelaciones son escritura, una cadena de montañas tiene un ritmo como un verso, y el sonido del mar también lo tiene”. 🐉



Paula Dithorn | Todo bien puedes cantar



# Diez libros

Alvaro Enrigue

Imposible numerar diez libros preferidos, que me imagino que serán los más recurrentes para un lector. Implicaría establecer un criterio estadístico en algo que no es divisible entre nada ni es igual entre sí. ¿Qué porcentaje de la obra de tal la hace mejor que la de tal otro? ¿Con qué criterio queda tal debajo de cuál? ¿Temporal? ¿Alfabético? Mejor ninguno.

Hubo un año, por ejemplo, en el que durante el verano y un poco más lo único que leí fueron poemas de Lezama Lima. Los leía una y otra vez, incansablemente, en la edición de su *Poesía completa* de Cátedra. Es una edición muy rara, hecha por su hermana Eloiza y que incluye las notas más inopinadas y ridículas del mundo; casi una novela en su perfecta incompreensión de los poemas. ¿Puede una mala edición ser un libro preferido? Todas las noches veía las novedades editoriales que se seguían acumulando en el buró y los deberes académicos que ya se caían del escritorio y no progresaba en ellos a pesar de la inminencia del otoño. Cenábamos, acostábamos al niño y yo volvía a los poemas de Lezama. Leía una, dos veces por noche sólo *La fijeza* y *Enemigo rumor*. Me los llevaba a la peluquería y a la alberca a la que estábamos suscritos; empacaba ese único tomo para ir de viaje. El asunto alcanzó el rango de la enfermedad hacia mediados de septiembre: pasé semanas leyendo solamente *La Fijeza* y muchos días entregado únicamente a la “Rapsodia del mulo” —la más inteligente de las poéticas vigesémicas y uno de los poemas más emocionantes de un periodo de grandes poetas hispánicos.

Otro poemario que he leído hasta memorizarlo es *Poeta en Nueva York*, de García Lorca. Tengo hace años la misma edición —también de Cátedra— que ya está deshojada. El plastificado corrientísimo está tan arrugado que ya no deja ver la ilustración de portada —que seguro era horrenda. Me parece que fue con ese libro y con *Residencia en la tierra* de Neruda que aprendí a leer seriamente y que es la adolorida honestidad de ambos volúmenes la que terminó por convencerme de los poderes de la palabra si está escrita.

Cuando me enfrento a un buen poema, un buen poema de verdad, la hoja impresa adquiere una tercera dimensión. No estoy hablando metafóricamente: el poema salta fuera de la página y gana un volumen y una textura —nunca he tomado LSD, así que no es ningún rebote. El «Nocturno de Battery Place» de García Lorca o el «Tango del viudo» de Neruda tienen esa facultad: poemas más allá del deber. También me sucede con un nocturno de Villaurrutia, el «... de Los Ángeles». Todos esos libros: *La fijeza*, *Poeta en Nueva York* y *Residencia en la Tierra* (I y II) fueron escritos en una sola década y por poetas que se conocían bien entre ellos. Todos tienen, además, la peculiaridad de haber sido percibidos como surrealistas en su momento. Será ese afán provinciano de las poéticas hispánicas por atarse a otras de países más prestigiados literariamente. Lo cual es curioso, porque el surrealismo francés puro y duro no produjo nada que fuera capaz de botar fuera de la página. Ni siquiera Eluard.

Lo cual no demerita a los franceses —sólo a los surrealistas— porque *El cementerio marino* de Paul Valéry me parece la última gran cumbre de esa tradición y una a la que regreso cada que entro en un estado crítico de cualquier tipo. La nave avanza y el viento se termina. Ante

la planitud agobiante del vacío marino, el poeta desciende a las oscuridades de sí mismo hasta que puede reintegrar un nuevo yo. Vuelve a la luz y se hace el viento: la vida puede seguir. No hay libro reciente que aliente como ése, aunque la «Rapsodia del mulo» podría perfectamente ser leída como la oración de los escritores —si creyeran en algo. Decir la «Rapsodia del mulo» siempre antes de sentarse a escribir; regresar a *El cementerio marino* cuando las cosas se dejaron de mover y la vida parece en punto muerto. La gran literatura es también de autoayuda.

*El Eclesiastés* está en esa categoría: libros perfectos de supervivencia. Como el poema del mulo o *El cementerio marino*, es un volumen que alguna vez utilicé como escalera y mantra, pero al que he vuelto en mejores estados mentales y lo he encontrado todavía más imponente: toda la sabiduría de una nación a la que me habría gustado pertenecer en un puñado de páginas impecablemente escritas e insuperablemente traducidas por Reina y Valera. Hay que sustraerse de las bondades académicas de Biblias mejor anotadas para leerlo en esa versión esplendente.

Lo mismo hay que hacer con la *Cartas* de San Pablo. Algunas podrían ser atribuidas, pero cuando menos «Romanos» y «Corintios» (I y II) son tramos a los que regreso una y otra vez: la mente más torturada y la más libre de todos los tiempos; el peor fanático y el intelectual más lúcido; un escritor de una convicción aterradora y seductora al mismo tiempo, pariendo en el camino y con fervor militar una serie de ideas peregrinas ¡que se volvieron el sustento de la cultura occidental! Si hubiera que escoger al ser humano que encarnara lo mejor y lo peor que puede dar la especie, yo elegiría a San Pablo.

En ese espíritu, el de los libros de intelectuales revolucionarios de prosa imposiblemente buena, también están las *Confesiones* de San Agustín. ¿Se pueden elegir medios libros en una lista como ésta? Si se me permite, selecciono la segunda mitad de las *Confesiones*, que son, a partir del libro décimo, una antropología y una cartografía universales ya insufladas por el demente espíritu apocalíptico de los cristianos tempranos, pero trazadas con la prosa clarísima y potente de los clásicos latinos en cuya tradición se asentaba el doctor de Hipona —más cercano por estirpe a Marco Aurelio que a San Pablo.

Leí las *Confesiones* tarde en mi formación, casi a los treinta años. El volumen dice en 12, 9: «Mientras las cosas no están ordenadas del todo, están inquietas. Luego se ordenan y descansan. El amor es mi peso, me lleva a donde quiera que voy. Tu don nos enciende y nos lleva a lo alto. Según ardemos, así caminamos». He escrito dos libros pensando en ese apartado y voy a la mitad del tercero.

Agustín de Hipona representó el final de un largo arco de grandes prosistas latinos. Es una curiosidad que él —que si hubiera permanecido pagano también habría sido un gran escritor— se haya terminado convirtiendo a la extraña religión de un tal “Cresto”, revolucionario judío que apareció por primera vez en un libro en los *Anales* de Tácito, mi favorito entre todos los latinos. Tengo la sospecha de que los *Anales* de Tácito fue el libro con el que aprendieron a escribir los autores latinoamericanos cuya prosa más admiro —Reyes, Borges, Teresa de la Parra— y tengo un recuerdo entrañable sobre la lectura de Martín Luis Guzmán, su discípulo. En tercero de secundaria fui elegido por un profesor formidable —Macario Arredondo— para hacer la lectura principal del acto

cívico en el aniversario de la Constitución. Macario eligió que leyera, ahora veo que en abierto desafío a todo, una edición abreviada de «Ineluctable fin de Venustiano Carranza», el segundo y último capítulo de las malogradas *Muertes históricas* de Guzmán. Ensayamos la lectura del texto –y lo que fuera que la acompañaba, no lo recuerdo– hasta que lo tuve casi memorizado: podía decirlo, como cura de pueblo (o ciudad), sin entender lo que contenía. En el momento de la verdad y temeroso del abucheo que destruiría mi autestima si me equivocaba una sola vez, escuché mi propia voz amplificada por el micrófono y retumbando en el patio como si fuera la de otro: «El 5 de mayo por la mañana, la situación política y militar de Venustiano Carranza no tenía remedio». Seguí leyendo y llegué al fin en trance perfecto y sin ni un solo titubeo. Ha sido la única ocasión en que los trabajos de un prosista han adquirido para mí el realce físico del que hablé antes con relación a los buenos poemas.

En el espacio que el medio libro de San Agustín me dejó libre, pondría a otro santo: Ignacio de Loyola. Los *Ejercicios espirituales* no están escritos con la prosa combustible de los fundadores de la tradición cristiana, pero representan la invención del yo moderno y contrarreformista que desató la explosión universal de barroco español: basta con leer tres o cuatro de los ejercicios –ni siquiera una mitad del libro.

Para comenzar los hundimientos en sí mismo que supone la gimnasia mental ignaciana, Loyola propone la lectura ambiental de un episodio bíblico: leerlo e imaginarlo con toda libertad hasta transformarlo en realidad virtual; amueblarlo y situarse en él. La novela y el cuento, que son los géneros de los que vivo, no hubieran podido ser inventados sin que antes éste soldado vasco de prosa mediana concibiera al yo moral proyectado hacia el interior, pero viajero intenso de exteriores, que después habitó al Quijote y sus mejores descendientes ilustrados: el capitán Ahab, Julian Sorel, Madame Bovary.

Tampoco existiría la poesía barroca, de la que me es casi imposible elegir entre San Juan de la Cruz, Quevedo y Góngora, aunque porque tengo que llegar a un décimo libro opto por Quevedo, incluso si fuera un poco peor que los otros dos –como poeta y persona. Esta decisión también deja afuera a Gracián, que sigue siendo el mayor teórico literario de la lengua; a Lope, que fue un poeta de arrebatos salvajes; a Garcilaso –trasunto de todos los amantes–; a su majestad Juana de Asbaje.

Quevedo, como la mayoría de los poetas del barroco, salvo Sor Juana y San Juan, nunca vio sus poemas publicados en libro. Fue hasta después de su muerte que su impresor y su sobrino se dieron –tarde y mal– a la tarea de recolectar las hojas sueltas en que se habían vendido sus trabajos y juntarlas en un solo volumen. Su poesía fue un desastre hasta que Juan José Blecu la hizo coincidir toda con toda, ya en el siglo XX.

Es ateniéndome a esa organización –las ediciones de Planeta y Castálida son suyas– que selecciono *Poemas metafísicos* y *Canta sola Lisi* de todos los libros que son ese libro. Los poemas existenciales y los eróticos. No tengo ni por qué explicar por qué lo hago: a veces hasta sin saberlo, nos pasamos la vida citando al cascarrabias de Torre de Juan Abad. Dijo cómo vemos la muerte los modernos, y también cómo la detenemos cuando amamos. 🐸



Alvaro Enrigue (México, 1969) es autor de las novelas *La muerte de un instalador*, *Hipotermia* y *Vidas perpendiculares* (Anagrama). Trabaja en la revista *Letras Libres*.

# La Nueva Era Digital para el Mundo Editorial



Descubra los Beneficios de la Impresión Digital con el servicio, respaldo y consultoría experta de Vigatec.

- Optimice la rentabilidad de su inversión con bajos y medianos tirajes.
- Reimpresión de documentos en plazos cortos.
- Automatización del proceso de producción.
- Sistemas de alta productividad gracias a innovadora tecnología para manejo del papel.
- Soluciones de software y equipos de impresión de alta calidad.



Tecnología Océ

Impresión dúplex más rápida del mundo, en variados tipos de papel y con registro óptimo.



**VIGATEC**  
www.vigatec.cl



Para mayor información comuníquese con nosotros a nuestras oficinas:

**SANTIAGO**  
José Ananías 441, Macul  
(02) 350 7000

**CONCEPCIÓN**  
Colo-Colo 379, Ofic. 509  
(41) 224 0201

**VIÑA DEL MAR**  
9 Norte 555, Ofic. 426  
(32) 268 8548

**ANTOFAGASTA**  
Paseo A. Prat 461, Of. 906  
(55) 226 449

mayo 2009

REVISTA DE

n° 149 \$3.800

# libros

DE LA FUNDACIÓN CAJA MADRID

SOCIOLOGÍA

USA y el socialismo imposible

MIGUEL REQUENA

Balance de Linz

RAFAEL NUÑEZ FLORENCIO

**Biodiversidad:** FRANCISCO GARCÍA OLMEDO  
**la letra pequeña**



~ LLEGA A CHILE ~  
**la mejor Revista**

\* \* \* \* \*

*de Libros en Castellano*  
{ En librerías a sólo \$3.800 }

.....

DISTRIBUYE HUEDERS  
hueders@gmail.com

: : : : : : : :

www.revistadelibros.com



# Perros rabiosos

Antonio Gramsci



DURANTE CINCO AÑOS, ENTRE 1916 Y 1920, EL JOVEN FILÓSOFO SOCIALISTA ANTONIO GRAMSCI (1891) ESCRIBIÓ EN UN DIARIO DE TURÍN LA COLUMNA “BAJO LA MOLE”, EN LA QUE COMENTA, DESDE LA INMEDIATEZ Y A LA SOMBRA DE LA MOLE ANTONELLIANA QUE DOMINA LA CIUDAD, EL DISCURRIR DE LA VIDA URBANA. SUS ARTÍCULOS REFLEJAN A UN PAÍS QUE, EN 1915, PASÓ DE LA NEUTRALIDAD A LA BELIGERANCIA, QUE DEBATE LA DEFINICIÓN DE UN MODELO ECONÓMICO —LA SUPERACIÓN DEL MODELO SOCIAL Y POLÍTICO DE UNA BURGUESÍA DOMINANTE, MÁS CATÓLICA-ESTATALISTA QUE LIBERAL-INDUSTRIALIZADORA—, ANTE UNA REVOLUCIÓN QUE SE AVECINA. EL MUNDO QUE LANZÓ AL GRAN TEÓRICO ANTIFASCISTA.

“Perros rabiosos”: es el gracioso mote que nos pone uno de tantos folletos semiclandestinos que pululan a la sombra de la Mole; ese folleto que, dentro de la actividad humorística del Piamonte, se dedica a las cuestiones de política exterior y que cada semana, para aumentar la cultura de sus lectores, vuelve a repartir el mundo, atribuyendo siempre, claro está, a Italia la porción más grande y sabrosa de la tarta. El apodo nos gusta y lo hacemos nuestro. Creemos que también los perros rabiosos tienen en la vida social una función, una función importantísima, y nosotros, como venimos haciendo, la seguiremos desarrollando lo mejor que podamos.

En Turín, como saben todos, la vida pública se desenvuelve del modo más arcaico y gracioso. Cualquier matón puede pasar por un gran hombre, cualquier hedor de vertedero se convierte en un hecho político de primer orden. No existe contención, no existe la crítica. Existe el bombo, la adulación más llana y empalagosa. No en vano, Turín es famosa por sus peladillas: todo rebosa azúcar, y fragancia de agua de rosas. Nosotros, los perros rabiosos, estamos dentro de este corral de pavos hinchados y altaneros, y como los humanos apenas nos respetan y no nos dejamos deslumbrar por el brillo de las plumas, ahuyentamos a no poca gente y nos ganamos un montón de improperios y maldiciones. ¡Vaya! ¡Cuánto cacareo por unas personas que, al parecer, no importan y que sólo hablan para los proletarios! Evidentemente, entienden que nuestras dentelladas no son casuales y que nuestra rabia tiene un propósito claro.

¡Cuán bella era esa vida de Arcadia del Turín de otras épocas! [El Alcalde, desde 1909] Teofilo Rossi se empeñaba con modestia e indiferencia en acumular condecoraciones, en manosear las palabras de Dante en sus discursos, en educar froebelianamente a sus vástagos, acostumbándoles a seguir la horma paterna, decorando sus árboles de Navidad con pequeños discos metálicos que reproducen el colgante de la Annunziata o el de la orden del Águila Negra. ¿Cómo no iba a ser buen administrador de una gran ciudad alguien que supo acumular millones siendo vinatero y que con tanto escrúpulo y diligencia llevó las cuen-

tas de la Exposición Universal de 1911? [El primer ministro, Giovanni] Giolitti nos honraba con sus visitas en las que era obsequiado y elogiado. También estaban los socialistas, que de vez en cuando obligaban al ayuntamiento a hacer algún gasto extraordinario (media línea censurada) pero, ya se sabe, alguna molestia tiene que haber, y sin algún que otro contratiempo, ¿cómo se logra apreciar adecuadamente la tranquilidad? También en aquellos tiempos, el profesor Vittorio Cian, con su entrometida personalidad, parecía querer traer una nueva dimensión a la vida ciudadana: el imperialismo municipal, pretendiendo anexionar Cavoretto al término municipal. Las asambleas comunales, con los discursos de Borini y de Mussi o la elefantina agilidad polémica de Zaccone y de Saverio, el de la florida barba, se arrastraban entre la beata indiferencia hacia todo y todos. Era sin duda un idilio, un cortejo de amor, esa vida turinesa... pero algún que otro noble sueño quedó roto cuando apareció esta página del *Avanti!*, con su grosera petulancia de golfa traviesa. Su zumbir de abeja ha turbado muchos sueñecillos, ha metido en el cuerpo de muchos una irritación sorda y nerviosa. “¿Quién será el abochornado de hoy?”, se preguntan los lectores al abrir cada mañana nuestro periódico. Porque en Turín abundan ejemplares de esa subespecie zoológica llamada de los “idiotas con decoro”. Y nosotros hemos demostrado que de decoro andaban muy, pero que muy, cortos, por lo que cabe calificarlos tan sólo con el primer, y poco honorable, atributo. Lo hemos demostrado; no nos hemos dedicado a la charlatanería sino que hemos aportado pruebas que avalan nuestras afirmaciones, los hemos descubierto in fraganti, en las conferencias o en su quehacer administrativo o periodístico, y de ahí que la picadura resulte más dolorosa: porque no hay lugar para desmentidos.

Perros rabiosos: ¡muy bien! Son los perros rabiosos los que, recorriendo las calles de la ciudad bajo el flagelo de la canícula, obligan a las señoritas de las aceras a correr, a levantar sus falditas y a mostrar sus repugnantes calzones.

22 de febrero de 1916. 🐾



...deseando premiarle por sus largos años de ser-  
le encomendasen alguna labor más importante  
da tarea de copia. Se trataba de reelaborar un  
eparado y enviarlo a otro departamento. Lo  
re hacer era cambiar el encabezamiento y pasar  
la primera a la tercera persona. Pero le costó



is nombres: Mokka, Sossia y el del mártir  
manera —se dijo la difunta—. Vaya unos no  
n de complacerla, abrieron el almanaque  
n estos otros tres nombres: Trifili, Dula y  
! —farfulló la madre—. ¡De dónde habrá  
¡De verdad que no los he oído en mi vida!  
ía pueden pasar, pero ¡Trifili y Barajasí! V  
se encontraron con Pavsikaji y Vajtisi. «Vay:  
no —dijo la madre—. En ese caso, será m  
re de su padre. Si Akaki se llamaba el padre,  
jo.» Esa es la razón de que le pusiera  
autizaron al niño, que se pasó la ceremonia  
uecas, como si presintiera que un día sería  
esumidas cuentas, así fue como sucedieron l  
a colación esos detalles para que el lector  
todo lo dictó la necesidad y de que no ha  
otro nombre. Nadie recordaba cuándo y con



enta de que estaba en medio de la calle, i  
ea. Al llegar a casa, se sentaba en seguida a la  
risa su sopa de col y una porción de carne di  
reparar en su sabor, tragándose las moscas y  
que Dios tenía a bien añadir, según la est:  
que tenía el estómago lleno, se levantaba  
no de un tintero y se ponía a copiar unos  
llevado de la oficina. En caso de que no ti  
vías por mero placer, mostrando una marcad  
documentos que se distinguían no por la b  
por estar dirigidos a algún personaje impo  
do.

cielo gris de San Petersburgo se oscurec  
la ralea oficinesca se ha llenado el estómago



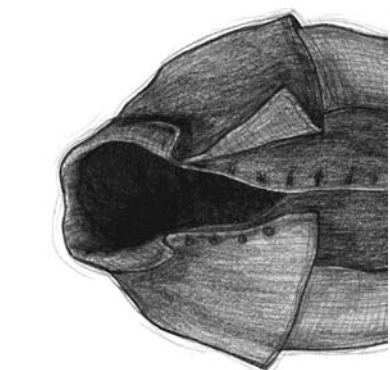
rnos, y todas las calles y edificios de San  
n y entreveran de tal modo en nuestra  
sible extraer una imagen fiable de todo  
fuere, no cabe la menor duda de que el  
residia en uno de los barrios elegantes  
s lo mismo, bastante lejos de la casa de  
ncipio este tuvo que atravesar varias  
aso alumbrado, pero, a medida que se  
el funcionario, iba creciendo la anima-  
currencia, menudeando las farolas. Entre



Petersburgo se confunden y entreveran de tal modo en nuestra  
cabeza que apenas es posible extraer una imagen fiable de todo  
ese embrollo. Sea como fuere, no cabe la menor duda de que el  
funcionario en cuestión residía en uno de los barrios elegantes  
de la ciudad, o lo que es lo mismo, bastante lejos de la casa de  
Akaki Akakievich. Al principio este tuvo que atravesar varias  
calles desiertas, con escaso alumbrado, pero, a medida que se  
acercaba al domicilio del funcionario, iba creciendo la anima-  
ción, aumentando la concurrencia, menudeando las farolas. Entre

cara, se daba cuenta de que estaba en medio de la calle, no en  
mitad de una línea. Al llegar a casa, se sentaba en seguida a la mesa,  
engullía a toda prisa su sopa de col y una porción de carne de vaca  
con cebolla, sin reparar en su sabor, tragándose las moscas y todos  
los aditamentos que Dios tenía a bien añadir, según la estación.  
Cuando notaba que tenía el estómago lleno, se levantaba de la  
mesa, echaba mano de un tintero y se ponía a copiar unos pape-  
les que se había llevado de la oficina. En caso de que no tuviera  
trabajo, hacía copias por mero placer, mostrándole una marcada pre-  
ferencia por los documentos que se distinguían no por la belleza  
de su estilo, sino por estar dirigidos a algún personaje importante  
o recién nombrado.

Quando el cielo gris de San Petersburgo se oscurece por  
completo y toda la ralea oficinesca se ha llenado el estómago, cada



npañeros, en lugar de lucir una condecoración  
cabado con hemorroides. En cualquier caso, se  
ir que nadie había reparado en sus méritos. U  
e bondadoso, deseando premiarle por sus largos  
ordenó que le encomendasen alguna labor más  
acostumbrada tarea de copia. Se trataba de r  
ento ya preparado y enviarlo a otro depart  
que tenía que hacer era cambiar el encabezamie  
s verbos de la primera a la tercera persona. F

que presentar una instancia en la cancellería; de allí pasaría al jefe  
de sección, que a su vez la haría llegar al responsable del departa-  
mento, que se la trasladaría al secretario, quien a su vez me la pre-  
sentaría a mí.

—Pero, excelencia —dijo Akaki Akakievich, empapado en  
sudor, tratando de hacer acopio del poco ánimo que le quedaba—,

i, en lugar de lucir una condecoración  
con hemorroides. En cualquier caso, serí  
adie había reparado en sus méritos. U  
loso, deseando premiarle por sus largos ai  
ue le encomendasen alguna labor más i  
brada tarea de copia. Se trataba de reel  
preparado y enviarlo a otro departar  
que hacer era cambiar el encabezamier  
de la primera a la tercera persona. Per





# El capote

Nicolái Gógol

PARA CELEBRAR LOS DOSCIENTOS AÑOS DEL NACIMIENTO DEL MAESTRO RUSO, EDITORIAL NÓRDICA PUBLICA *El capote* EN GRAN FORMATO Y EN VERSIÓN ILUSTRADA DE NOEMÍ VILLAMUZA. BASTA EL COMIENZO DEL CUENTO, QUE RETRATA LA ALIENACIÓN EN EL ENTRAÑABLE PERSONAJE DE AKAKI AKÁKIEVICH, PARA CONFIRMAR LA FRASE DE DOSTOIEVSKI: “TODOS VENIMOS DE EL CAPOTE DE GÓGOL”.

En el departamento... pero será mejor no nombrarlo. No hay gente más susceptible que los funcionarios, oficiales, oficinistas y, en general, todos los servidores públicos. En los tiempos que corren, cada particular considera que si se toca a su persona se ofende al conjunto de la sociedad. Corre el rumor de que hace poco un capitán de policía de no sé qué ciudad presentó un informe en el que exponía sin ambages que se estaba perdiendo el respeto a las leyes y que hasta su venerable título se pronunciaba sin ninguna consideración. Y como prueba adjuntaba una voluminosísima obra de corte novelesco en la que, cada diez páginas, aparecía un capitán de policía, a veces en un estado de completa embriaguez. En resumidas cuentas, para evitar disgustos, designaremos el departamento en cuestión simplemente como cierto departamento. Así pues, en cierto departamento trabajaba un funcionario. Era un hombre bastante ordinario, bajo de estatura, algo picado de viruelas, con una tonalidad de pelo que tiraba a pelirroja, un tanto corto de vista, con pequeñas entradas en la frente, arrugas a lo largo de las mejillas y ese color de cara que recibe el nombre de hemorroidal... ¡Qué se le va a hacer! La culpa la tiene el clima petersburgués. En lo que respecta a su rango (pues entre nosotros se debe empezar siempre por ese particular), era lo que se llama un eterno consejero titular, de los que han hecho befa y escarnio, como es bien sabido, numerosos escritores que tienen la loable costumbre de ensañarse con quienes no pueden defenderse. Se apellidaba Bashmachkin, nombre que, como es evidente, proviene de bashmak, zapato; pero no se sabe cuándo, en qué momento y de qué forma se produjo esa derivación. El padre, el abuelo y hasta el cuñado, así como todos los Bashmachkin sin excepción, habían llevado siempre botas, a las que mandaban poner medias suelas dos o tres veces al año. Se llamaba Akaki Akákievich. Es probable que el lector encuentre ese nombre un tanto extraño y rebuscado, pero puedo asegurar que no se lo pusieron aposta; fueron las mismas circunstancias las que hicieron imposible darle otro. Esto fue lo que sucedió: Akaki Akákievich nació, si no me falla la memoria, la noche del 22 al 23 de marzo. Su difunta madre, esposa de un funcionario y mujer de gran corazón, tomó las disposiciones oportunas para que su hijo fuera bautizado como era menester. Desde la cama en que guardaba reposo, situada enfrente de la puerta, convocó a su diestra al padrino, Iván Ivánovich Yerohskin, hombre excelente, jefe de oficina en el Senado, y a la madrina, Arina Semiónovna Belobriúshkova, casada con un agente de policía y mujer de raras virtudes. Ambos dieron a elegir a la parturienta entre estos tres nombres: Mokkia, Sossia y el del mártir Josdasat. «De ninguna manera –se dijo la difunta–. Vaya unos nombres.» Con intención de complacerla, abrieron el almanaque por otro lugar y leyeron estos otros tres nombres: Trifili, Dula y Barajasi. «¡Qué castigo! –farfulló la madre–. ¡De dónde habrán salido esos nombres! ¡De verdad que no los he oído en mi vida! Baradat y Baruj todavía pueden pasar, pero ¡Trifili y Barajasi!» Volvieron otra página y se encontraron con Pavsikaji y Vajtisi. «Vaya, parece cosa del destino –dijo la madre–. En ese caso, será mejor que lleve el nombre de su padre. Si Akaki se llamaba el padre, Akaki se llamará el

hijo.» Esa es la razón de que le pusieran Akaki Akákievich. Bautizaron al niño, que se pasó la ceremonia llorando y haciendo muecas, como si presintiera que un día sería consejero titular. En resumidas cuentas, así fue como sucedieron las cosas. Hemos sacado a colación esos detalles para que el lector se convenza de que todo lo dictó la necesidad y de que no habría sido posible darle otro nombre. Nadie recordaba cuándo y cómo entró en el departamento y quién lo había recomendado. Por más que cambiaran los directores y jefes de sección, él seguía en su puesto, en idéntica actitud, ocupado de sus mismas tareas de copista, de modo que, con el paso del tiempo, la gente llegó a convencerse de que había venido al mundo de ese jaez, con uniforme y entradas en la frente. En el departamento nadie le respetaba. Los ordenanzas no solo no se levantaban a su paso, sino que le prestaban tan poca atención como al vuelo de una mosca. Sus superiores le trataban con frialdad despótica. Cualquier ayudante de jefe de despacho le arrojaba los papeles debajo de la nariz sin molestarse en decirle siquiera: «Cópielos» o «Aquí tiene un asunto de lo más interesante» o alguna otra fórmula de cortesía, como corresponde a empleados bien educados. Sin fijarse en la persona que se los entregaba ni pararse a considerar si tenía derecho a encomendarle esa tarea, Akaki Akákievich se quedaba mirando un momento los papeles y a continuación se ponía manos a la obra. Los funcionarios jóvenes se burlaban de él y hacían bromas a su costa, dando rienda suelta a su ingenio oficinesco. Contaban en su presencia distintas historias que le concernían; decían que su patrona, una anciana de setenta años, le pegaba; le preguntaban cuándo se casaría con ella y arrojaban sobre su cabeza trocitos de papel, afirmando que eran copos de nieve. Pero Akaki Akákievich no decía ni palabra, como si delante de él no hubiera nadie. Ni siquiera conseguían distraerlo de sus ocupaciones, hasta el punto de que, a pesar de todas esas molestias, no cometía ni un solo error. Solo cuando las bromas iban demasiado lejos, cuando le daban un golpe en el codo y le impedían proseguir con su labor, exclamaba: «¡Dejadme! ¿Por qué me ofendéis?» Y había algo extraño en sus palabras y en el tono de voz con que las pronunciaba, algo que inducía a la compasión, de suerte que un joven que acababa de ingresar en el servicio y que, siguiendo el ejemplo de sus compañeros, se había permitido gastar una broma, se detuvo de pronto, como petrificado. Desde entonces todo pareció mudar y cambiar de aspecto a su alrededor. Una fuerza sobrenatural le apartó de sus compañeros, a quienes había considerado personas educadas y respetables. Y durante mucho tiempo, en los momentos de mayor alegría, se le aparecía la imagen de ese pequeño funcionario, con entradas en la frente, y oía sus penetrantes palabras: «¡Dejadme! ¿Por qué me ofendéis?», en las que resonaban estas otras: «¡Soy tu hermano!». Entonces, el desdichado joven se tapaba la cara con la mano. Y más de una vez, a lo largo de su vida, se estremeció al comprobar cuánta inhumanidad hay en el hombre, cuánta grosera ferocidad se oculta en los modales más refinados e irreprochables, incluso, ¡Dios mío!, en personas con fama de honradas y nobles... 🐙



Clásicos

- *El mayorazgo* | **E.T.A. Hoffmann** | NÓRDICA
- *Instrucciones a los sirvientes* | **Jonathan Swift** | SEXTO PISO
- *El mejor relato del mundo y otros no menos buenos* | **Rudyard Kipling** | SEXTO PISO
- *El único y su propiedad* | **Max Stirner** | SEXTO PISO.
- *La abadesa de Castro* | **Stendhal** | IMPEDIMENTA
- *La figura en la alfombra* | **Henry James** | IMPEDIMENTA
- *La guerra de los mundos* | **H.G.Wells** | SEXTO PISO
- *La pulga de acero* | **Nicolai Leskov** | IMPEDIMENTA
- *Los Cenci* | **Stendhal** | IMPEDIMENTA
- *Noviembre* | **Gustave Flaubert** | IMPEDIMENTA
- *Pasos en la arena* | **Rémy de Gourmont** | PERIFÉRICA
- *Pensamientos y rivarolianas* | **Antoine de Rivarol** | PERIFÉRICA
- *Torquemada en la hoguera* | **Benito Pérez Galdós** | PERIFÉRICA
- *Un héroe de nuestro tiempo* | **Mijail Lérmontov** | NÓRDICA

Ensayo

- *Adiós al cuerpo* | **David Le Breton** | LA CIFRA
- *Breviario del caos* | **Albert Caraco** | SEXTO PISO
- *Confianza y temor en la ciudad* | **Zygmunt Bauman** | ARCADIA
- *Contra los poetas* | **Witold Gombrowicz** | TUMBONA
- *Contra la homofobia* | **Jeremy Bentham** | TUMBONA
- *De la elegancia mientras se duerme* | **Vizconde de Lazcano Tegui** | IMPEDIMENTA
- *Domme o el ensayo deocupación* | **Francois Augiéras** | SEXTO PISO
- *Edad oscura americana* | **Morris Berman** | SEXTO PISO
- *El. Para entender la psicología masculina* | **Robert A. Johnson** | GADIR
- *Elogio de la diversidad* | **Ramin Jahanbegloo** | ARCADIA
- *La educación de la libertad* | **Marc Fumaroli** | ARCADIA
- *La imagen y la risa* | **José Emilio Burucúa** | PERIFÉRICA
- *La cena de los notables* | **Constantino Bértolo** | PERIFÉRICA
- *La rebelión del número* | **Paolo Zellini** | SEXTO PISO
- *Las sombras errantes* | **Pascal Quignard** | LA CIFRA
- *Melancolía y utopía* | **Wolf Lepeenies** | ARCADIA
- *Nietzsche. Un ensayo sobre el radicalismo aristocrático* | **Georg Brandes** | SEXTO PISO
- *Nobleza de espíritu. Tres ensayos sobre una idea olvidada* | **Rob Riemen** | ARCADIA
- *Por qué filosofía* | **Xavier Rubert de Ventós** | SEXTO PISO
- *Post Mortem* | **Albert Caraco** | SEXTO PISO
- *Sobre arte y literatura* | **Joseph Joubert** | PERIFÉRICA
- *Teofanía* | **Walter Otto** | SEXTO PISO

Diarios, memorias, crónicas

- *Cézanne* | **Joachim Gasquet** | GADIR
- *Crónicas escogidas* | **Joachim Machado de Assis** | SEXTO PISO
- *Cuatro años en París* | **Victoria Kent** | GADIR
- *Diarios* | **Fernando Pessoa** | GADIR
- *El cuaderno rojo* | **Benjamin Constant** | PERIFÉRICA
- *Fragmentos de una época* | **Ilana Shmueli** | ARCADIA
- *Hacia el provenir* | **Rafael Barrett** | PERIFÉRICA
- *Juvenilia* | **Miguel Cané** | PERIFÉRICA
- *La librería de los escritores* | **Mijaíl Osorguín** | SEXTO PISO-LA CENTRAL
- *Los Rolling Stones en Perú* | **Sergio Galarza y Cucho Peñaloza** | PERIFÉRICA
- *Memorias de una madame americana* | **Nell Kimball** | SEXTO PISO
- *Memorias de un enfermo de nervios* | **Daniel Paul Schreber** | SEXTO PISO
- *Memorias de pintores extraordinarios* | **William Beckford** | SEXTO PISO
- *Memorias privadas y confesiones de un pecador justificado* | **James Hogg** | NÓRDICA
- *Recuerdos de un estudiante pobre* | **Jules Vallès** | PERIFÉRICA
- *Retrato de Balzac* | **Théophile Gautier** | SEXTO PISO
- *Sin flores ni coronas* | **Odette Elina** | PERIFÉRICA
- *Testamento de un bromista* | **Jules Vallès** | PERIFÉRICA

Teatro

- *Capitán Ulises* | **Alberto Savinio** | SEXTO PISO
- *Comedia onírica, Noche de las tribadas* | **August Strindberg,**
- *Per Olor Enquist* | NÓRDICA
- *El buen canario* | **Zach Helm** | SEXTO PISO
- *La máquina Hamlet* | **Heiner Müller** | LA CIFRA
- *Los exaltados* | **Robert Musil** | SEXTO PISO

Niños

- *Cómo se salvó Wang-Fo* | **Marguerite Yourcenar** | GADIR
- *El corazón ardiente de Danko* | **Máximo Gorki** | GADIR
- *El elfo y la princesa* | **Fernando Pessoa** | GADIR
- *El príncipe feliz* | **Oscar Wilde** | GADIR
- *Kashtanka* | **Antón Chéjov** | GADIR
- *La famosa invasión de Sicilia por los osos* | **Dino Buzzati** | GADIR
- *La tinaja* | **Luigi Pirandello** | GADIR

Ilustrados

- *Bartleby, el escribiente* | **Herman Melville** | NÓRDICA
- *El capote* | **Nicolái Gógol** | NÓRDICA
- *En busca del tiempo perdido-A la sombra de las muchachas en flor* | **Marcel Proust** |
- *Novela gráfica de Stéphane Heuet* | SEXTO PISO
- *La Divina Comedia* | **Dante Allighieri** | GADIR
- *La voz de las cosas* | **Marguerite Yourcenar** | GADIR
- *Las flores del mal* | **Charles Baudelaire** | NÓRDICA
- *Poemas* | **Paul Verlaine** | NÓRDICA
- *Secuelas de una larguísima nota de rechazo* | **Charles Bukowski** | NÓRDICA

Narrativa francesa

- *Lo infraordinario* | **Georges Perec** | IMPEDIMENTA
- *Mi abuelo* | **Valérie Mréjen** | Novela | PERIFÉRICA
- *Sida mental* | **Lionel Tran** | PERIFÉRICA

Hispanoamericana

- *Calletania* | **Israel Centeno** | PERIFÉRICA
- *Gina* | **Rodrigo Soto** | PERIFÉRICA
- *Help a él* | **Fogwill** | PERIFÉRICA
- *Hilo de cometa* | **Israel Centeno** | PERIFÉRICA
- *Iniciaciones* | **Israel Centeno** | PERIFÉRICA
- *Navdad y Matanza* | **Carlos Labbé** | PERIFÉRICA
- *Trabajos del reino* | **Yuri Herrera** | PERIFÉRICA

Inglesa y norteamericana

- *Agape se paga* | **William Gaddis** | SEXTO PISO
- *Crónica de Dalkey* | **Flann O’Brien** | NÓRDICA
- *Electricidad* | **Ray Robinson** | SEXTO PISO
- *El reparador* | **Bernard Malamud** | SEXTO PISO
- *El temblar de una hoja* | **William Somerset Maugham** | SEXTO PISO
- *La boca pobre* | **Flann O’Brien** | NÓRDICA
- *La polilla y la herrumbre* | **Mary Cholmondeley** | PERIFÉRICA
- *La virgen y el gitano* | **D.H. Lawrence** | IMPEDIMENTA
- *Santuario* | **Edith Warthon** | IMPEDIMENTA
- *Un lugar en la cumbre* | **John Braine** | IMPEDIMENTA

Alemana

- *Imago* | **Karl Spittler** | NÓRDICA
- *El sendero en el bosque* | **Adalbert Stifter** | IMPEDIMENTA
- *La hora entre el perro y el lobo* | **Silke Scheuermann** | SEXTO PISO
- *La nieve* | **Johanna Schopenhauer** | PERIFÉRICA



## Italiana

- *Bárnabo de las montañas* | **Dino Buzzati** | GADIR
- *Cósima* | **Grazia Deledda** | Nórdica
- *Cuadernos de Serafino Gubbio operador* | **Luigi Pirandello** | Gadir
- *Chavales del arroyo* | **Pier Paolo Pasolini** | NÓRDICA
- *De la nariz al cielo* | **Luigi Pirandello** | GADIR
- *El desierto de los tártaros* | **Dino Buzzati** | GADIR
- *El difunto Matías Pascal* | **Luigi Pirandello** | NÓRDICA
- *El gran retrato* | **Dino Buzzati** | GADIR
- *El reloj* | **Carlo Levi** | GADIR
- *El secreto del bosque viejo* | **Dino Buzzati** | GADIR
- *Fábulas* | **Italo Svevo** | GADIR
- *Hace mil años que estoy aquí* | **Mariolina Venezia** | GADIR
- *La conciencia de Zeno* | **Italo Svevo** | GADIR
- *La historia* | **Elsa Morante** | GADIR
- *La vida en el campo* | **Giovanni Verga** | PERIFÉRICA
- *Senilidad* | **Italo Svevo** | GADIR
- *Todos los relatos* | **Italo Svevo** | GADIR
- *Un amor* | **Dino Buzzati** | GADIR

## Rumana y serbia

- *Diferencias* | **Goran Petrovic** | SEXTO PISO
- *El lecho de Procusto* | **Camil Petrescu** | GADIR
- *Mujeres* | **Mihail Sebastian** | IMPEDIMENTA
- *Proyectos de pasado* | **Ana Blandiana** | PERIFÉRICA
- *Siete pecados capitales* | **Milorad Pavic** | SEXTO PISO

## Portuguesa y brasileña

- *Angustia* | **Graciliano Ramos** | PÁRAMO
- *El cielo en llamas* | **Mario de Sa-Carneiro** | GADIR
- *La pelirroja* | **Fialho de Alemidia** | PERIFÉRICA
- *Un clavo en el corazón* | **Paulo José Miranda** | PERIFÉRICA

Catálogo completo en [hueders.wordpress.com](http://hueders.wordpress.com)

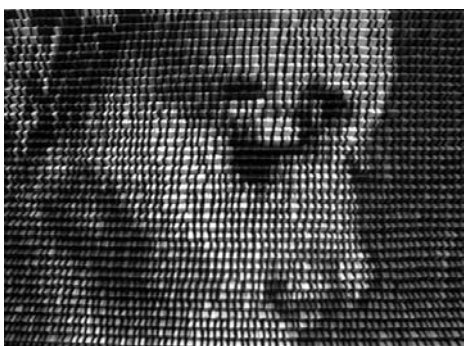
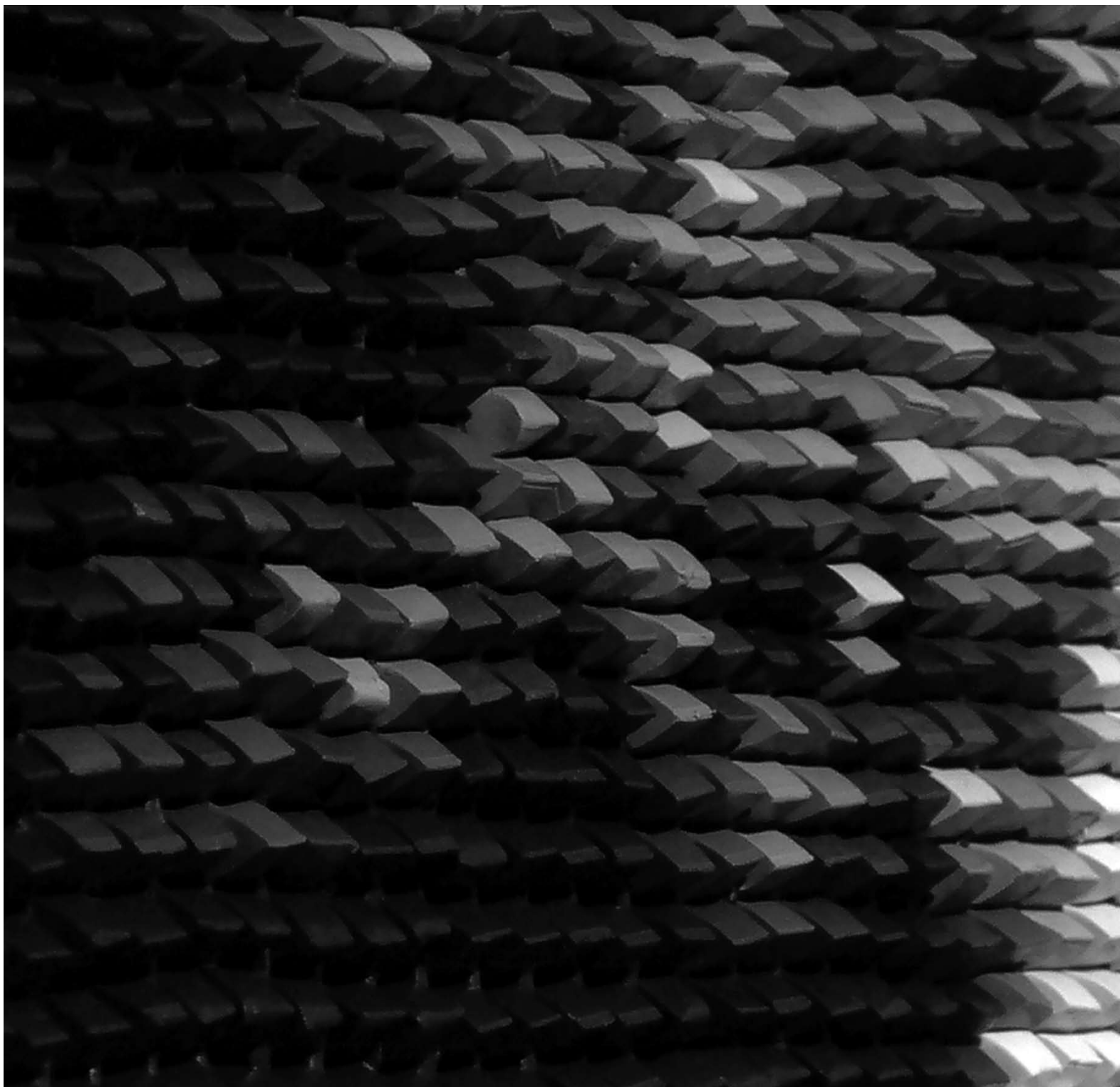
Encuentra H en librerías Altamira, Antártica, Catalonia, Contrapunto (Huérfanos), Feria Chilena del Libro, Fondo de Cultura Económica, Librería Francesa, Metales Pesados, Milaires, Mosquito, Prólogo, Prosa y Política, Qué Leo, Quimera, Takk, The Clinic, Ulises, UDP, UC, Usach. En el Café Literario Bustamante, MAC Parque Forestal, galería Moto.



# metales pesados / libros

**José Miguel de la Barra 460**  
**Teléfono: (56-2) 638 75 97**  
**Mail: [mpesados@metalespesados.cl](mailto:mpesados@metalespesados.cl)**

**Sucursal: Centro Cultural Palacio La Moneda**  
**Plaza de la Ciudadanía s/n**  
**Teléfono: (56-2) 699 3606**  
**Mail: [moneda@metalespesados.cl](mailto:moneda@metalespesados.cl)**



**H** REVISTA H | 5  
Denis Diderot  
Henry James  
Graciliano Ramos  
Julia Kristeva  
Boaventura de Sousa Santos  
Colm Toibin  
Pierre Bordieu

\* julio 2009



HUEDERS | LIBROS

[hueders@gmail.com](mailto:hueders@gmail.com), [hueders.wordpress.com](http://hueders.wordpress.com)

México: Sexto Piso, Tumbona, La Cifra, QED, Páramo | España: Periférica, Impedimenta, Nórdica, Gadir, Arcadia, Sequitur | Chile: Bordura | En las mejores librerías, al precio de su país de origen (+ IVA)

